ROBERTO JOAQUÍN

PÉREZ - FRANCO



CONFESIONES

EN EL CAUTIVERIO

CUENTOS

Confesiones en el cautiverio

roberto pérez-franco

Confesiones en el cautiverio

roberto.au

Confesiones en el cautiverio
© Roberto Pérez-Franco, 1996

Primera edición, Panamá, 1996
Segunda edición, Melbourne, 2026

Esta obra se distribuye bajo una licencia Creative Commons Atribución-SinDerivadas (CC BY-ND).

Edición digital compuesta a partir de `roberto.au`.

Prefacio

Confesiones en el cautiverio es una colección de nueve cuentos escritos en 1995 por Roberto Pérez-Franco (n. Chitré, 1976). Fue publicada en 1996, con un tiraje de quinientos ejemplares, en la Impresora La Nación, del Instituto Nacional de Cultura, Panamá.

Esta segunda edición fue preparada por el autor en 2026, bajo su sello editorial Zirie. El autor ha revisado el texto, para actualizar su ortografía y minimizar sus excesos, respetando siempre el estilo del original.

Por el valor que puedan tener, se reproducen aquí también el prólogo, la introducción, la biografía del autor y los agradecimientos que aparecen en la primera edición. Se incluye también una biografía actualizada.

2026

Prólogo

giovanna paola donado stefani

Comencé a conocer a Roberto Joaquín el 26 de octubre de 1993. Antes de ese día, apenas si había cruzado con él algunos saludos y miradas, y me parecía un joven lleno de vida, sencillo, agradable. Pero ese día, leyendo uno de sus primeros cuentos, descubrí que un escritor vivía en él, y desde entonces me pareció un ser profundo, diferente, sensible a la belleza de la vida. Aquel día comencé a admirarlo.

Han pasado por mis manos todos sus escritos, muy variados y diferentes unos de otros; y hoy, después de dos años de conocerlo y amarlo, lo admiro mucho más, y sus cuentos, sus cartas, sus pensamientos y sus poesías siguen causando en mí una sensación de dicha y asombro, por la facilidad y exactitud con que habla acerca de cosas intangibles como el amor, la vida, la muerte y los sentimientos. Leo sus cuentos extasiada por tanta belleza, por la forma sublime y profunda en que escribe.

Confesiones en el cautiverio, su segundo libro publicado, está lleno de él, de su alegría, de su ingenio, de su pasión por la mujer y por la vida, de su calidez, de su sensibilidad y su pensamiento. Leerlo es como adentrarse en su mundo, conocerle un poco.

Esta colección de cuentos, que vi nacer y perfeccionarse, trata temas muy diversos. Su autor varía en ellos el estilo, siendo en esto distintos entre sí, así como también diferentes a los cuentos de su libro anterior, pues toman ahora una mayor profundidad psicológica y espiritual.

El primer cuento de este libro, titulado ***Preludio***, es inspirado en la pieza para piano *Preludio en do sostenido menor* del compositor ruso Sergei Rachmaninoff. La descripción de esta pieza que hiciera a Roberto Joaquín (cuando

este solo contaba con nueve años) su abuela de origen chileno, Dona Sara Raquel Muñoz de Franco, amante de la música clásica, resulta imprescindible para la realización de este cuento, como el mismo autor lo confiesa.

Aun cuando se determina en él ni lugar ni fecha, el autor describe, con un estilo impresionista y en forma detallada, la agonía y los pensamientos de un hombre que es enterrado vivo accidentalmente.

Cuando Roberto Joaquín Pérez-Franco contaba solo con dieciséis años, escribe el primer cuento de esta colección, ***La lluvia sobre el mar***. Su trama se teje combinando lo sublime del amor y la belleza de la naturaleza. Es el más breve de la colección, pero indudablemente el más apasionado. Aún recuerdo la primera vez que lo leí, a escasos días de haber conocido a Roberto Joaquín. Este cuento fue el primero que movió, con su pasión desbordante, las fibras más hondas de mi corazón.

«Ella me atravesó de lado a lado, con esa embrujadora mirada que siempre me enamora, y hablamos sin palabras». Con frases como esta, Roberto Joaquín Pérez-Franco me atravesó también de lado a lado, y me hizo entender que ya no sería capaz de vivir sin el encanto de su poesía, y que estaba destinada a morir enamorada de su alma de poeta.

Confesiones en el cautiverio, el cuento que da título a esta colección, es uno de los dos cuentos escritos en español antiguo. En él se presenta por primera vez el elemento dominante de los últimos escritos de Roberto Joaquín Pérez-Franco: el amor entre un hombre y una mujer como complemento del amor a Dios.

Juega en este cuento con la historia de la Heroica Villa de Los Santos, combinando con la realidad trazos de fantasía que encajan perfectamente en la historia. Las confesiones del sacerdote cautivo en la bodega, bajo la Iglesia, son más de lo que parecen a primera vista, pues encierran un profundo simbolismo, presentándonos el aspecto humano de estos siervos de Dios a quienes, por vivir bajo estrictas normas de moral, se les prohíbe amar a una mujer, y que además están, como todo humano, propensos a equivocarse.

El segundo cuento de la colección escrito en español antiguo es Carta en defensa de Balboa al Cardenal Cisneros. En él, el autor utiliza nuevamente la historia como base, añadiendo escasas pinceladas de fantasía, aprovechando

para elogiar la figura de Balboa y para expresar algunas opiniones personales sobre la vida de este complejo hombre, sobre su coraje, su gran visión y su persistencia ante la adversidad.

En verdad, documentándose ampliamente en textos de historia, el autor con este cuento no atenta contra ninguno de los detalles conocidos sobre Balboa. Ofrece, sí, interesantes conjeturas sobre la manera en que se pudieron haber desarrollado algunos hechos.

El cuento ***Arum Bakir Ehrab*** es una variación en prosa del poema de igual nombre, del autor panameño Eduardo Ritter Aislán. Para escribir este cuento, el autor estudio escrupulosamente la obra de Ritter, y tuvo extremo cuidado de solo utilizar frases y palabras del autor del poema, encadenándolas en la secuencia apropiada para esbozar una versión propia de la historia.

Este cuento, por ser un verdadero collage de las poesías de Ritter Aislán, debe ser catalogado como prosa lírica, pues es poesía pura hilada en oraciones por la mano artística de Roberto Joaquín Pérez-Franco.

Como un elogio al talento y la habilidad musical del Profesor Bolívar Rodríguez, Roberto Joaquín escribe ***Las cuerdas doradas***. Se percibe en este cuento cierta añoranza por las costumbres de la juventud de hace medio siglo, como es el caso específico de las serenatas de los enamorados. El autor tuvo el privilegio de tomar clases de guitarra con el Profesor Rodríguez, y es en este periodo en el que nace este hermoso cuento.

El amor del último retoño es el cuento más complejo y a la vez el más completo y hermoso de la colección. Jocoso, fantasioso, a veces irreverente, siempre rico en imaginación y con un profundo mensaje, describe la historia de un joven monje enamorado.

Los que, como yo, conocemos de cerca a Roberto Joaquín Pérez-Franco, identificamos en este cuento una especie de autorretrato surrealista de su verdadera forma de ser. En la historia del joven monje, Roberto Joaquín se revela como es en realidad: sonador, imaginativo, creyente y apasionado.

Con estilo y tema semejantes a sus primeros cuentos, y recordándonos —con su apego a la tierra— a su primera obra **Cuando florece el macano**, el autor escribe ***Camino hacia el corral***, segundo cuento basado en sucesos

reales, con leves modificaciones de fantasía. En él, un padre templa el carácter de su hijo con una arriesgada prueba de valor.

En el cuento ***Una falta menor*** se nota por primera vez en el autor una inquietud y un deseo de opinar en el campo de lo político-social, enunciando la necesidad de eliminar de su país y su mundo, las injusticias y los abusos del poder.

Roberto Joaquín Pérez-Franco: el escritor, el poeta, el amigo, el compañero, el enamorado. Compartiendo con él sus sueños, sus pensamientos, viéndolo crecer y mejorar en su arte, y brillando con sus triunfos, ¡he aprendido tanto!

Este joven escritor ha llenado mi vida de poesía, de flores y de alegrías. Mientras estuvimos juntos en la secundaria, así como mientras estuvo estudiando en el extranjero, solía escribirme cartas de amor todos los días. Recuerdo que una mañana, camino hacia mi casa, sin poder esperar más, comencé a leer la carta que aquel día (el 13 de diciembre de 1993) me había entregado. Decía así:

> *—¿Me quieres? —Te amo. Te amo, respondiste, y cada célula de mi cuerpo me lo gritaba, te amo, en cada rincón de mi mente retumbaba, te amo, te amo, toda la esencia de mi alma se perfumó con tu voz, te amo, y mi conciencia me lo gritaba: «Ella te ama, tonto», y mi corazón se alegró, te amo, y una sonrisa marco mi rostro, te amo, y te creí ciegamente, divina criatura, te amo, te creí como si fuera la verdad más grande, te amo, como si Dios me lo hubiera dicho al oído, te amo... Te miré y vi en tus ojos divinos el brillo del amor, te amo, sí, te amo, como si fuera la cosa más cierta del universo, te amo, indudablemente era verdad, te amo... «¿Por qué no?», pensé, y tu voz —que retozaba aún en mi oído— hacía florecer mi corazón desnudo, te amo. Lo oí mil veces, te amo, te amo... Mientras el eco de la divina frase que pronunciaste aún vivía en mi cabeza, me arrebató el corazón un deseo irrefrenable de gritarte: «Te creo, amor mío», y de besarte hasta morir entre tus labios de rosa. Y ahora, en mi soledad, soy tan feliz... ¡porque te creo, amor mío, te creo!*

Al terminar de leer aquella carta de Roberto Joaquín, me detuve donde estaba, y mire al cielo azul y al sol brillante; sentí la brisa de verano y la pasión de la juventud. Y mi corazón lleno de dicha, inundado por él, mi amado escritor,

devolvió en la brisa hasta su corazón de poeta ese credo sagrado, esa plegaria de amor escrita por su alma.

No sé por qué nunca le conté que, en aquel breve instante, le confesé nuevamente mi amor, aun estando él lejos de mí.

Me has escrito cosas muy hermosas, Roberto Joaquín, pero esa carta... esa carta eres tú, como lo es este, tu libro. Sencillamente, profundamente, eres tú.

Te amo. Admirándote,

Giovanna
Chitré, 18 de noviembre de 1995

Introducción

«A todos aquellos que tienen un sueño y luchan para hacerlo realidad», así reza la dedicatoria de mi primer libro publicado, **Cuando florece el macano**. El día que ese primer libro salió a la luz, se realizó uno de mis más grandes sueños. Y a la vez, sin darme cuenta, entró en mi mente y en mi corazón la semilla de un nuevo sueño: un sueño que no esperó mucho para germinar y que pronto me movió, tal como lo hizo el primero, a luchar por él.

Tal vez una de mis pocas virtudes sea creer que todo lo que se desea de corazón se consigue tarde o temprano. Mucho esfuerzo se requirió para convertir la ilusión en realidad, pero con la ayuda y el favor de Dios, y de las personas maravillosas que Él ha puesto a mi alrededor, hoy la semilla de aquel sueño ha florecido, con la publicación de mi segundo libro, **Confesiones en el cautiverio**. Incluyo en esta colección lo mejor de mis cuentos más recientes, frutos de la inspiración, la dedicación y el trabajo de seis meses.

Así como el arte para cualquier artista, para el escritor escribir es una necesidad y una pasión; y en cierta forma, las obras escritas son sus hijos. Yo me siento muy orgulloso de estos hijos de mi imaginación, y esperó sinceramente que les agraden.

La Heroica Villa de Los Santos, noviembre de 1995

Crítica recibida

El destacado escritor y diplomático panameño, **Eduardo Ritter Aislán**, en una reseña publicada en el diario *La Prensa Gráfica* de El Salvador el 18 de diciembre de 2000 (y luego en *La Prensa* de Panamá el 3 de febrero de 2001), dice: «Roberto Joaquín es uno de los escritores más depurados, sobresalientes y admirados de mi patria, Panamá. **Confesiones en el cautiverio** recoge unos diez relatos originales que retratan una genuina e indudable vocación de escritor en quien confluyen talento, seguridad, desenvoltura, esmero y perfección».

El profesor, crítico literario, y académico de la lengua **Melquíades Villarreal Castillo**, en su artículo *Panorama del cultivo de las letras en la provincia de Los Santos*, aparecido en la *Revista Cultural Lotería* No. 415 (1997), dice: «Pérez-Franco, en su última producción, emula la creatividad de Alejo Carpentier en *El Siglo de las Luces*, y Rafael Ruiloba en *Vienen de Panamá*, premio Miró (1990), al reproducir en los cuentos ***Confesiones en el cautiverio*** y ***Carta en defensa de Balboa al Cardenal Cisneros*** el español renacentista». Luego agrega: «es valioso apuntar, que después de leer toda la obra publicada de Roberto Joaquín Pérez-Franco, hemos advertido en él la chispa, el ingenio creador y sobre todo la búsqueda del estilo propio, que aunque todavía se percibe insinuado por la morfosintaxis y los efectos semánticos de Gabriel García Márquez, denota la ubicación del novel autor en las corrientes literarias del momento dentro de la literatura hispanoamericana».

Reproducimos a continuación un artículo de Melquíades Villarreal Castillo de 1996 sobre la presente obra.

◆ ◆ ◆

Elementos lúdicos en Confesiones en el cautiverio

Cada vez que una obra de arte ve la luz, es un triunfo que produce un gozo inefable, en los amantes de la vida.

Es un deleite hiperbólico para mí, en calidad de investigador inclaudicable de la literatura de la Provincia de Los Santos, el hecho de que se me permita presentar al público, un hijo del cosmos de Roberto Joaquín Pérez Franco, pues la obra que hoy presento es un juego de habilidad, donde cada uno de los relatos es una pieza individual, pero que unida al resto conforma un macromundo matizado con un profundo lirismo.

La obra, como tal, es una tierna historia de amor, patentizada en el prólogo de Giovanna, quien de manera escueta declara: "Este joven escritor ha llenado mi vida de poesía, de flores y de alegrías." Este mismo personaje es el eje sobre el cual gira el cuento mejor logrado de la colección "El Amor del Último Retoño", Giovanna Paola Stefani, el amor del último retoño.

Esta colección resulta interesante sobre todo por la evolución constante de la temática tratada.

El cuento "Preludio", que trata sobre un hombre que fue enterrado vivo, presenta diáfanos vestigios del problema existencial, definido a la perfección por el francés Jean Paul Sartre, y que se ha constituido en la génesis y cima de muchos escritores hispanoamericanos, como es el caso de Juan Carlos Onetti con El Pozo, o el panameño Ramón H. Jurado con El Desván.

Sin embargo, en la obra que nos ocupa, la preocupación existencial fenece inmediatamente, para convertirse en un canto al amor y a la vida.

"La Lluvia sobre el Mar" más que un cuento, es un intento de prosa poética, imbuida del lirismo juvenil e inocente, que caracteriza el amor y la candidez, del sentimiento casto de la primera pareja, ante lo sublime del Edén, el texto lo manifiesta así: "Y juntos disfrutamos del indomable poder de la mar bravía, de la fresca caricia de la brisa y del embriagador sentimiento del amor, envueltos en las redes que con nosotros formó el salvaje embrujo de la lluvia sobre el mar." (Págs. 15 y 16).

Los dos cuentos subsiguientes se salen del contexto temático, para reflejar una profunda maniobra de la erudición, que había sido intentada con an-

terioridad por el cubano Alejo Carpentier en El Siglo de las Luces y por el panameño Rafael Ruiloba en Vienen de Panamá. La pasión por la literatura lleva a Roberto Joaquín Pérez Franco a intentar una reconstrucción del castellano del siglo XVI, en la elaboración sintáctica del cuento que intitula la colección: "Confesiones en el Cautiverio", cuya temática es interpretada por la prologuista como: "el amor entre un hombre y una mujer como complemento del amor a Dios."(Pág. 2)

Gran verosimilitud, logra Pérez-Franco en el cuento ***Carta en defensa de Balboa al Cardenal Cisneros***, donde el narrador, juega con el género epistolar, para esgrimir un panegírico en defensa del descubridor del Mar del Sur, glorificando su osadía para arrostrar las vicisitudes ofrecidas por su existencia aventurera.

La narración "Arum Bakir Ehrab", es una prosificación del poema homónimo de Eduardo Ritter Aislán, donde la estética oriental se deja sentir a plenitud.

Uno de los relatos más llamativos de la colección lo constituye "Las Cuerdas Doradas", dedicado al profesor Bolívar Rodríguez, en el cual, el relator cuenta cómo conoció al maestro Bolívar Rodríguez, quien le enseñó a tocar la guitarra. Además, se revive la romántica época de las serenatas, cuando Rodríguez acompaña al narrador a llevar una serenata a la mujer amada, incitándole a actuar con arrojo y decisión para que la acción tenga éxito. No obstante, el narrador se deja absorber por el miedo y resuelve la situación como un autómata, que ciegamente obedece el mandato del músico chitreano.

"Camino hacia el corral" es la recreación de una figura campesina: El temple del carácter del hijo por parte del padre severo que persigue el logro de la valentía y coraje del retoño, a través del vencimiento de duras pruebas.

De esta colección, sin lugar a dudas, lo mejor elaborado es el relato fantástico "El Amor del Último Retoño", donde Pérez Franco se convierte en un narrador intradiegético (a la manera de Eusebio Marchosky en El B.S. de Chepy) para exhibir una colosal cuantía de prodigios que ocurrieron a lo largo de cinco centurias, para que él arribara a la tierra y se encontrara con la fémina soñada por su corazón. En la fábula, se desabrigan intertextos desnudos de Cien Años de Soledad, pues el narrador personaje se autocompara con el genial

descubridor José Arcadio Buendía -quien tras innumerables experimentos descubre cinco siglos con posterioridad a que el resto de la humanidad lo supiera- que nuestro planeta es redondo como una naranja, cuando se informa de hechos (que dentro del mundo de la narración debían ser axiomáticos) tal como el fenómeno de que:

En el último relato de la colección, ***Una falta menor***, Pérez-Franco abandona, el criterio de la literatura desde la perspectiva del arte por el arte, para inmiscuirse en el complejo mundo de la literatura comprometida, promoviendo mediante mensajes subliminales su interés de lograr un mundo más equitativo, tanto para Panamá en particular como para la humanidad en general.

Confesiones en el Cautiverio es una admirable demostración literaria, donde el autor busca una identidad original. La obra refleja un peldaño hacia la maduración de un novel literato que promete mucho en un porvenir cercano.

Melquiades Villarreal Castillo
Las Tablas, 19 de abril de 1996

Sobre el autor

Roberto Pérez-Franco nace el 26 de abril de 1976 en Chitré, Panamá, y crece en la aledaña Heroica Villa de Los Santos. Su principal contribución artística se da en la literatura. Escritor desde la adolescencia, publica cinco colecciones de cuento entre 1993 y 2008, que han merecido diversos reconocimientos, incluyendo el Premio Nacional de Cuento *José María Sánchez* en 2005. Aparece en múltiples antologías y revistas literarias, nacionales e internacionales. Además del cuento, cultiva el verso y el ensayo corto. Egresado del Colegio José Daniel Crespo en Chitré en 1993, el cual luego crea un Círculo de Lectores en su nombre, culmina la Licenciatura en Ingeniería Electromecánica en la Universidad Tecnológica de Panamá en 2001, como miembro del Capítulo de Honor. Con una beca Fulbright, completa una Maestría en 2004 y un Doctorado en 2010, ambos en el prestigioso Instituto Tecnológico de Massachusetts, donde luego labora hasta 2017. Polifacético e inquieto, presenta ideas en áreas diversas, como la simulación simbólica de circuitos eléctricos, la arqueo-astronomía y el folklore. Sus pasiones incluyen la literatura, la pintura, la música, el ajedrez, el kayak y el esperanto. Tras doce años en Boston, en 2017 se traslada a Melbourne, Australia, donde reside junto a su esposa y su hijo.

Más información en: www.roberto.au

(Biografía de 1995)

Roberto Joaquin Perez-Franco nace el 26 de abril de 1976 en la ciudad de Chitré. Hijo de padres santeños, vive toda su vida en la Heroica Villa de Los Santos.

Sus estudios primarios los realiza en el Colegio Psicopedagógico Bilingüe, graduándose con puesto de honor. Cursa estudios secundarios en el prestigio-

so Colegio Jose Daniel Crespo, al cual representa exitosamente en las Primeras Olimpiadas Panameñas de Física, ocupando el sitial más alto entre los colegios secundarios oficiales; y en el Concurso de Fotografías de la Cámara Americana de Comercio, donde obtuvo el segundo lugar, entre estudiantes universitarios. Cursa estudios de Inglés como Segunda Lengua en la Universidad del Estado de Luisiana.

Es galardonado en el Concurso Fotográfico Carlos Endara con tres Menciones Honoríficas, y con una en el Concurso Imágenes del Instituto Nacional de Cultura.

A sus diecisiete años, publica su primera obra, *Cuando florece el macano*, registrada, evaluada y aprobada por el Ministerio de Educación como texto de lectura para Segundo Ciclo.

Actualmente cursa el primer año de Ingeniería Electromecánica en la Universidad Tecnológica de Panamá, para la cual ha propuesto y diseñado la construcción de un reloj solar.

A sus diecinueve años, *Confesiones en el cautiverio* es su segunda obra publicada.

Agradecimientos

A Dios, mi guía y benefactor, por ser tan generoso conmigo, aun cuando no lo merezco.

A mi amada Giovanna, mi mayor inspiración y apoyo, por su amor y su presencia incondicionales.

A mis padres Roberto y Eka, mi hermana Ekita y mi gran familia Pérez Franco, por creer en mí y confiar en lo que hago.

A mis dos abuelos, por prestarme sus nombres y convertirse uno en Teniente, y el otro en cómplice y amigo de Balboa.

A la profesora María Gutiérrez de Pinzón, a mi padre Roberto Pérez Saavedra y a mi novia Giovanna Paola Donado Stefani, por revisar el texto desinteresadamente.

1995

Preludio

a Sara Raquel Muñoz de Franco,
quien me enseñó a amar la música y la vida

Abrió los ojos y todo era oscuridad.

Respiró profundamente. Parpadeó y abrió los ojos nuevamente, pero no percibió nada más que un negro inmenso envolviéndolo todo. Su corazón se aceleró espantado, y respiró otra vez, muy profundamente, para calmarse. Buscó con las manos a su alrededor, y descubrió que apenas podía moverlas, pues había paredes a ambos lados de su cuerpo. Las cruzó sobre su pecho y notó que también sobre él había una pared, muy cercana a su cuerpo.

En ese momento, recordó algo. Había amanecido ese día con un terrible dolor de cabeza, y no se había podido levantar de la cama. Su mujer le cubrió con una frazada. Mandó llamar al médico. Él oyó la voz de su mujer, él vio a su hijo salir corriendo hacia la calle a buscar al médico. Había sentido la mano de ella, su suave mano, posada en su frente. Después de estos recuerdos, todo era confuso, oscuro: no lograba recordar nada más.

Trató de moverse, pero estaba rodeado por paredes. Arriba, abajo, a ambos lados. Su mano se posó sobre la pared superior, y la sintió fría y dura. La empujó con fuerza, pero la pared no cedió. Se tomó unos segundos para respirar. Volvió a empujarla, esta vez con tanta fuerza que su muñeca crujió, y la pared se movió un poco.

Al sentir aquel breve movimiento, un terrible pensamiento se enterró en su mente. Su respiración se interrumpió y su corazón se disparó en una carrera desenfrenada. Supo de inmediato dónde estaba y qué había sucedido. Y los recuerdos volvieron a él en estampida. Entonces todo fue claro, fatalmente claro: su mente le hizo recordar sonidos, llantos, cantos tristes, repique de

campanas, cascos de caballos y las llantas de un carruaje... y el martilleo sobre la madera y el golpetear de la tierra sobre la tapa. Y luego el silencio, aquel silencio que le hacía estallar los oídos.

Escuchaba su propia respiración, y sentía el palpitar de su corazón a punto de reventar de pavor. Gritó fuertemente, y su cuerpo entero y el ataúd se estremecieron con el estruendo. Pero nadie lo escuchaba entonces.

Respiró agitadamente, tratando de controlarse, de pensar en una salida, un escape. Pero su mujer conocía cuál era su voluntad para el día de su muerte: dos metros bajo tierra. ¿Cómo escapar, atrapado bajo dos metros de tierra? Sudó copiosamente. Golpeó la tapa con los puños cerrados, y sintió la indescriptible frustración de la impotencia humana ante una muerte segura. Y perdió toda esperanza.

Entonces la lógica dejó de funcionar y el instinto de sobrevivir se apoderó de él. Se agitó ferozmente en su cautiverio, golpeándose contra las paredes de madera. Y al sentir que el aire se hacía más pesado y caliente, más vacío de oxígeno, embruteció totalmente. Gritó como un animal y arañó la tapa con desesperación, y sus uñas se desprendieron de sus dedos. Estrelló su cabeza contra la tapa hasta que la sangre que corría por su frente se mezcló con sus lágrimas de histeria.

Y enloqueció de dolor y asfixia. Convulsionó sin pensar y perdió el sentido de la realidad. Sus manos se presionaron contra la tapa e hicieron fuerza hasta que los huesos de los brazos se rompieron. Su llanto cesó y su respiración se hizo honda y vacía. Abrió la boca y los ojos, y se sintió morir rápidamente.

Entonces, cuando su cuerpo ya se había rendido ante la asfixia, dejó súbitamente de sentir dolor y recordó a su mujer. Y en su delirio, la vio venir, la oyó hablándole dulcemente, y sintió su mano otra vez sobre su frente. Y no sintió nada más.

1995

notas

Inspirado en el Preludio en do sostenido menor de Sergei Rachmaninoff

La lluvia sobre el mar

El resplandor intenso que el cielo mostraba se vio súbitamente envuelto en una gruesa masa de nubes de un oscuro color plomo.

La brisa marina, fresca y rebelde - esa misma que peina sus cabellos, resaltando majestuosamente su soberbia belleza, y que le da la sublime apariencia de una gaviota libre en el viento -, arrastró los negros nubarrones en una carrera desesperada, tornando el paisaje sombrío, escondiendo al sol tras su sombra y derramando su negra figura sobre el cada vez más turbio mar.

Rápidamente se acercó el aguacero y pronto descargó toda su furia sobre el lugar en el cual estábamos. Entonces fue que sucedió.

Ella me atravesó de lado a lado con esa embrujadora mirada que siempre me enamora y hablamos sin palabras. Como un par de chiquillos nos abalanzamos camino abajo hasta alcanzar la tibia y húmeda arena. Millones de acuosos diamantes nos golpeaban incesantes. El mar embravecido se cubría tras un velo de niebla y nos invitaba, ondulante, a refrescarnos en sus espumantes aguas.

Riendo traviesa, ella se desnudó ante mis asombrados ojos, y se sumergió fugaz en las revueltas aguas. Emergió más adelante y, mientras el agua corría torrentosa sobre su tersa piel canela - delineando el contorno de su exquisita figura-, me invitó a seguirla. Nuevamente se sumergió y yo la seguí embelesado.

Y juntos disfrutamos del indomable poder de la mar bravía, de la fresca caricia de la brisa y del embriagador sentimiento del amor, envueltos en las redes que con nosotros formó el salvaje embrujo de la lluvia sobre el mar.

1993

Confesiones en el cautiverio

a Rafael Ruiloba

Si confesamos nuestros pecados,
fiel y justo es Él para perdonarnos
y limpiarnos de toda iniquidad.

— I San Juan 1, 9

¡Oh, grande Dios e Señor Nuestro que en aqueste mundo me avéis puesto! ¡Oh, Dios Eterno que coronasteis de gloria a Castilla e que mandasteis a sus hijos al otro lado de la mar océano! ¡Oh, Dios de derroteros ocultos e voluntad secreta! Escrivo estas confessiones, como Vuestro siervo que soy e para Vuestra alabanza, e las escrivo con presteza antes que se me acabe la vida e se me agote el tiempo, puesto quel aire no me sobra, e temo no le poder llevar a buen término si no es desta apresurada manera. Que fue Vuestra Divina mano, no lo dudo. Ella me condujo a este encierro de donde sé que nunca saldré. Ella, desde el principio de los tiempos, trazó mi suerte de tal guisa que hallassen mis días su final desta horrenda manera; e por aver sido ella e no el hado maldito la que definió ésta mi suerte, sé que no me veré privado de un lugar para mí en Vuestro paraíso, aunque quisisteis Vos que la muerte me hallasse estando en pecado. Sé que es desta manera, Creador del Mundo, sé que no debo temer por lo que acontescerá a mi alma; pero conozco, porque la he estudiado, lo que manda Vuestra palabra. E como no tengo en esta prisión un Pastor de Vuestra Santa Iglesia a quien confessalle mis culpas, para purgar e dexar en calma mi ánima, e aún más siendo yo uno, entregado a Vuestro servicio desque era un moçuelo hasta este día de mi muerte, lo quel coraçón me manda es que vierta sobre aquestos papeles todos mis pecados, que luego leeré en boz alta a modo

de confessión, pidiéndoos perdón por ellos, para que todos los dichos pecados lo hallen ante Vuestra misericordia.

El primer pecado que deberé confessaros, ¡oh clementísimo Padre mío!, es quiçá el que más agravio haze contra los mandamientos de vuestra Santa Iglesia. Desta Iglesia deberé dezir que nunca he gustado della. A Vos os sirvo e alabo con amor, pero a ella la aborrezco como al demonio mesmo. Espero quella pueda hallar perdón ante Vuestros ojos, que todo lo ven e han visto los horrores e los agravios que en nombre de Vuestro hijo el Cristo se cometen por estas tierras, con el amparo de aquellos sacerdotes que aman al oro tanto o más aún que a Vos. Padre mío, mill crueldades se cometen en estas tierras contra los pobres indios, tan terribles que da horror verlas u oírlas contar, y el silencio que guardan los que dizen aver sido enviados en Vuestro nombre hiere el coraçón más que la espada o la flecha. La avaricia e cobardía destos religiosos, si bien no menoscaban Vuestro esplendor ante mis ojos, a la fin disponen muy mal a los indios para recebiros e amaros. Mas en esto tengo yo limpia la conciencia, e no es aquesto lo que confessar preciso. El pecado que confessaré es otro, uno que muchos pesares e remordimientos me ha causado. Ha martillado mi conciencia cada día, en cada missa, cada vez que me cubría con la sotana en los treinta e cinco años que llevo en aqueste santo oficio de sacerdote. Ingresé a Vuestro servicio por temor e no por fe. Yo sé que conocéis mis razones. Estaba asustado, e no vide más salida. Me ordené de sacerdote para evitar que mi cuerpo entero se transformasse en el de un demonio. Yo sé que no debí hazello si no sentía en mi coraçón la llama de Vuestro espíritu y el deseo sincero de entregarme a Vuestro servicio. ¡Oh, Padre misericordioso! Vos conocéis quántos sinsabores sufrí a manos de mi madrina que a todas horas me atormentaba e me perseguía gritándome que era yo una encarnación del mesmo demonio. Tantas vezes me lo dixo e tan seguido que creímelo como cosa muy cierta e gran verdad, e comenzaron con el tiempo a brotarme en la cabeça dos cuernecillos quando yo apenas cumplía los quinze. Los limé cada día con cuero de tiburón para mantenellos a ras de la cabeça, pero no cejó su crescimiento. Por esto me metí en el convento antes de tornarme entero en un demonio.

¡Pero sabéis que he aprendido a serviros bien, oh, gran Señor, pues mi fe en Vos es grande e soy temeroso de Vuestra ira! Me place ver lo que he hecho como pastor de Vuestro rebaño, pues he buelto al camino recto a muchas almas que estaban descarriadas, e a moros e judíos que no os conocían, e agora en estas nuevas tierras ansí mesmo he hecho con los naturales, que son mansos e bien dispuestos a recebiros e a obedescer la auctoridad de Vuestro Evangelio. Por lo questo no es lo que me remuerde, sino el aver pretendido en un principio escudarme en la sotana. Mas agora una dulce paz me inunda el alma porque sé que avéis escuchado mi confessión e me avéis perdonado, Padre mío.

Resta poco tiempo e faltan culpas por confessar. Recién llegado yo a estas tierras nuevas venido de Cádiz en una carabela, inicié junto a los pobladores la fábrica deste templo que agora me aprisiona. Lo edificamos primero que las casas e los puertos. Trabajamos reziamente hasta velle acabado, e hizimos un Te Deum para celebrallo. Entonces pudieron Vuestros fieles edificar sus casas e las demás cosas que hazían falta. Hay que ver las artes destos malagueños e sevillanos para edificar las moradas con sus jardines, e los fuertes, que en aquesto hasta parescen moros. Pienso yo que destos aprendieron a edificar los cristianos, e digo esto porque antes no se avían visto palacios tan hermosos e bien labrados como los questos moros hizieron. Ovo que derribar montes e árboles grandíssimos, e soportar muchas pestes e azotes de sabandijas extrañas. Ovo que soportar muchas lluvias, e véasse que en aquestas tierras llueve con unas tormentas de fuego e truenos quel mesmo infierno es más manso, e que los indios nombran huracán. Quando óvose acabado la fábrica de la villa entera, e se vido la merced de nombralle de alguna forma, yo me adelanté a proponer, e por esto es que me considero pecador, que se le nombrasse La Villa de San Longuiño, en honra e prez deste santo patrono de mi pueblo natal, Xerez de la Frontera. Confiéssome pecador de pecado mortal de amor proprio, porque mi parescer fue satisfacer mi apetito o capricho, e no como era justo, conviene saber, quel nombre que recibiesse la villa debía ser al gusto e según los deseos de todos los cristianos que en él trabajamos, pues yo también hize jornada con el resto. Los pobladores no aceptaron mi proposición, sino que cada uno determinó una propia e como no avía dos que de la mesma aldea o pueblo

de España viniessen, acaeció lo que en Babel con la torre, salvo que en vez de lenguas diferentes lo que se confundían eran los nombres de santos patronos diferentes. Uno de Huelva le nombraba La Villa de San Geranio Virgen e Mártir, otro de Sevilla le llamaba La Villa de Santa Lucrecia de Miramar, e otro de Alcalá de Guadaira le llamaba La Villa de la Virgen de Cascarrosa, e avía uno de Moguer que le nombró La Villa de Santa Cafuné la Perjudicada, e otro más de Valverde del Camino que le quiso nombrar La Villa de San Tito de La Rabelo, questos son los que me recuerda la memoria. Ansí todos los restantes que eran más de cinquenta hombres, dixeron nombres diferentes, porque las mujeres no se atrevieron a dezir nombres por su boca sino por la de sus maridos. Ovo gran discordia e disgusto entre los cristianos, pues nadie quiso ceder e aceptar el nombre del otro. Si yo oviesse intercedido, si oviesse evitado las disputas, la desgracia que acaeció se avría evitado. En esto pequé grande e horriblemente, Padre, e por ello os pido misericordia, pues ni siquiera cejé en anunciar mi patrono San Longuiño en aquellos días de disputa. Confío en recebir Vuestro perdón, Señor, porque soy arrepentido.

Como no se llegasse a un acuerdo, se desató tal batalla entre los cristianos que de pura rabia destrozaron el pueblo, conviene saber, derribaron las casas, picaron con açadas los caminos e pegaron fuego a los montes sembrados, a los techos caídos e a los puertos. Ardió la villa entera, destrozándose en horas lo que nos avía tomado muchos meses de trabajos tan pesados que no son dignos ni de esclavos. Sólo el templo que para Vos edificamos quedó entero, e con ello supieron los cristianos que su Dios avía mirado desde el cielo el mal que todos avíamos hecho, e se refugiaron en este templo, pidiéndoos perdón por tan malas obras e ciego proceder. Yo os rogué perdón entonces e os lo buelvo a suplicar agora, por ser mi culpa más grande que la destos pobres hombres pues yo soy un servidor de Vuestro nombre e me porté como un niño soberbio e mal criado, olvidándome de mi sagrado oficio de pacificador. Arrepintiéronse muchos e muy hondamente. Al día siguiente empezamos todos juntos a edificar nuevamente el pueblo; he aquí que ovo mucha e muy grande alegría en hazello, pues cantamos e nos gozamos mucho trabajando juntos, como buenos cristianos, con ayuda de los mansos indios que avían mirado con horror las llamas e las disputas. Ansí tornamos a edificar el pueblo,

quedando aqueste muy hermoso, más grande e bien dispuesto que antes, con caminos más anchos e casas más bellas, altas, bien hechas e mejor adornadas. Óvose una gran alegría entre todos los cristianos al ver el pueblo otra vez en pie, e no ovo más disputas sino armonía, pues avían aprendido a cuidar la paz, aviendo pagado tan caro precio por perdella. Confío, Padre santo, que me avéis escuchado e perdonado tan terrible pecado; ansí lo siento yo pues me refresca una tranquilidad e un sentimiento de paz agora que lo he confessado, sabiendo por esto que me avéis librado del castigo que merecía mi afrenta a Vuestra divina voluntad.

Agora me paresce, Señor e Amo mío, que hay pecados danzando dentro de mi cabeça; que deliro e veo más pecados de los que en verdad tengo, pecados que me pican el entendimiento e la lengua, para que los lance al mundo e os pida perdón por ellos. Ha de ser la muerte que se me llega o el aire que se me acaba, lo que me confunde e me atormenta más de lo debido. Confieso aquí uno que no he certeza si sea pecado, mas no quiero que por dexar de confessallo se vaya mi ánima entera a arder en el infierno. Juzgad Vos, Padre mío, si es en vano o no confessallo, que si fuere pecado redundará en beneficio de mi alma el avello confessado, e si no lo fuere no avré perdido nada sino el aliento que en escrivirlo usare. Este pecado es que yo yazco aquí en esta bodega, llena de tesoros, e afuera han sido muertos a manos de los piratas niños e mujeres cristianas, almas inocentes que merecían vivir. Razonaré con sosiego y escriviré con priesa lo sucedido sin nombrar las menudencias por no alargar mi discurso, pero confesándoos mi pecado e las razones que me hizieron discurrir desta manera, e ansí Vos juzgaréis con la Vuestra inmensa sabiduría.

Ovo merced nuevamente de nombrar de alguna manera la villa que avíamos edificado. Como el hombre es un animal, más vezes yerra que acierta, mas no lo es tan bruto en grado de errar dos vezes de la misma guisa. Acordaron todos los cristianos otorgarme a mí la tarea y el privilegio de nombralle a mi talante, por ser yo el clérigo e por corresponder por tradición estas tareas e oficios de dar nombres a los que son religiosos. Estaba en buen punto el pueblo, e todos esperaban felice suceso. No le quise nombrar yo La Villa de San Longuiño, e más de uno esperaba que lo hiziere; en cambio, oré pidiéndoos guía e me vino

un pensamiento que me pareció maravilla: le nombré La Villa de Los Santos, e determiné bendecir el pueblo e celebrar la fiesta el día primero de noviembre desse año, que era el de mill e quinientos e sesenta e nueve, día que a la sazón distaba unas pocas semanas, por ser el dicho día la fiesta de Todos Los Santos. Todos vuestros fieles lo tuvieron a bien, pareciéndoles aquesta una decisión digna de Salomón, pues ansí todos los santos patronos de todos los pequeños pueblos de España e del mundo entero eran honrados, evitando las disputas futuras. El pueblo creció e prosperó con ligereza, llevado de Vuestra mano, de tal modo que en poco tiempo avíase tornado en un punto de comercio e de bastimentos, e puente de passo para muchas e muy maravillosas riquezas que a España se enviaban, sangradas destas tierras como de una llaga abierta, porque esta tierra es riquísima en tesoros e maravillas. Este tránsito de oro e de otras cosas de valor era cosa de ver, ansí como el de indios para ser usados de esclavos que a ratos se hazía, precioso el primero aunque manchado de sangre, e horrible el segundo a todas luzes. Un día se oyeron en la villa nuevas venidas de la población que llaman Nombre de Dios, de que unos corsarios o piratas andaban cerca de aquellas costas, e por este caso, en viendo las barbas ajenas arder, y en previendo que nos acometiessen, nos juntamos en cabildo el alguacil, el governador de la villa, que es hombre de mucha fe, el veedor de los tesoros e yo, acordando hazer una bodega debaxo de la losa de la iglesia, para guardar los tesoros que se encontraran por ventura en la villa al momento que acometiesse uno destos piratas que he referido. El que se veía venir era uno que nombran Dreic o Drake[1], feroz e implacable, que rondaba mar adentro las aguas del Norte, e que hizo gran estrago e daño en Nombre de Dios. Si en la villa se perdían aquellos tesoros que de passo estaban, los rescatadores de oro perderían la confiança e buscarían otro punto para cruzallo al otro mar, e los piratas con la dicha de la primera acometida, acometerían a menudo. Pero si no hallaban cosa de valor en el asalto, no acometerían de nuevo e prosperaría el pueblo. Hízose la bodega, pero lo más en secreto que se pudo, pues es usanza destos piratas dalles tormento a los cristianos para sacalles las verdades, e a

[1] Se sabe que el Pirata Francisco Drake recorrió toda América desde Tierra del Fuego hasta California, navegando muy cerca del Archipiélago de las Perlas y de las costas Pacíficas de Panamá, durante los años 1578 y 1579.

los que la vieron se les dixo que era para enterrar unos muertos. Sólo quatro hombres conocimos el verdadero menester de la bodega; ni siquiera a este gran servidor de Vuestro nombre e defensor de Castilla, el teniente Manuel Josef de Pérez e Delgado, se le confessó el propósito desta bodega; e hasta los moços que cavaron creyeron ser lo de enterrar unos muertos la gran verdad. Ahora es mi cuita el ser cierta la mentira aquella.

Acometió, como previmos, el pirata a los pocos años de aver hecho la bodega, e ovo gran espanto e correría. Quando entraron al pueblo con armas e gran escándalo, se dio la orden a los mancebos que mudaban de lugar el tesoro para que lo llevassen a la iglesia; en quando llegados los baxamos a la bodega los quatro hombres que ya he dicho, que no los moços que lo truxeron de afuera para que nadie más supiesse dónde estaba e no les dieran tormento los piratas. Saquearon e pegaron fuego los corsarios a algunas casas, buscando el oro. Como no le hallassen, encerraron a todos los cristianos en la iglesia, con condición que los dexarían ir después que entregassen el oro. En este punto yo hablé con el alguacil en secreto de que me escondería en la bodega a reçar e a esperar el fin de la acometida, pues más haría el poder del Altísimo que las armas de los hombres en esta desgracia, e me baxé a la bodega. Escuché tiempo después gran ruido de gritos e de puertas rotas que cesó pronto, e hasta agora no escuché ninguna otra cosa. Creo por esto que los ladrones avrán sacado a los cristianos, e que, en aviendo una revuelta, murieron algunos valientes, contando a los que conocían de mi encierro, porque no he tenido noticia de ninguno en casi tres días. He aquí lo que no sé si pequé en hazer, conviene saber, aver preferido proteger el oro e las demás riquezas, pensando en el provecho del pueblo, en lugar de amparar a las mujeres e los niños de la acometida. Aquí no avría aire para todos, ni manjar alguno, ni lugar para verter aguas; más bien oviera sido una sentencia de muerte, pues no me han rescatado aún y ellos oviessen perecido conmigo. Por esto lo dexo a Vuestro juicio, Padre, e os pido perdón si os ofendí con ello, e doy por limpia mi ánima.

Otro pecado hay que precisa ser confessado e lo confessaré presto, sin recelos, pues en la palabra se lee que Vuestra misericordia es infinita e que perdonaréis mill vezes a quien os ofende si el arrepentimiento es sincero. Ya hemos mi vela e yo consumido gran parte del aire questa bodega almacena. Ya

lo siento corrompido. La muerte me ronda. Muy difícil se me haze confessar lo que agora me resta. Pero confesarelo para morir en paz, e para habitar con Vos eternamente en Vuestra gloria. ¡Qué grande pecado es éste, e qué delicioso! Que no en balde es pecado.

Viajaba yo de mi tierra natal, Xerez de la Frontera, con rumbo a Cádiz para entrar en un convento de Frailes San Longuineños, en donde me prepararían para el sacerdocio, e decidí hazer noche en una taberna junto al camino, en la Isla de León. Apeéme, pedí posada e algo de cenar, e quisisteis Vos, Señor, que yo la viera. Desde esse momento ella quedó impressa en mi memoria. Aún agora me paresce que haze un instante dexé de vella. Cerré mis ojos e baxé el semblante: no quería miralle. Pero los abrí de nuevo e lleneme en su hermosura. Diome de comer e de beber, e me miró a los ojos. Era como un ángel. No sé si tendría catorze o quinze años, pero era moça aún muy tierna. Yo estaba en vísperas de entregaros mi vida por completo, e no avía conocido mujer. Acabada la cena, me llevó al cuarto donde me hospedaría essa noche. Mis ojos necios no avían dexado de velle, y ella hazía lo mesmo; avía algún sortilegio o encantamiento que nos unía e nos acercaba en el silencio. Algo más allá de lo que puedo explicar. En el cuarto, quando ella hazía oficio de moça de taberna, tomé su mano e me miró asustada. Le dixe que no la avía visto nunca e que no sabía siquiera su nombre, pero que sentía conocella de siempre. Ella callaba. Tomé su otra mano e seguí mi natural. La besé sin saber lo que hazía y ella aceptó mis besos. Pero al momento me detuvo, pues su padre notaría su ausencia, porque era hija del tabernero. Después de la media noche, ella regresó a mi cuarto. Abrió la puerta, caminó hasta donde yo yacía, se acostó a mi lado e pecamos, Padre, pecamos toda la noche. ¡Qué dulce, divino pecado! ¡Delicia de perdición, plazer divino!

Essa mañana partí de la Isla de León e llegué a Cádiz a la tarde. Ingresé al convento e me consagré a mis santos estudios. En quatro años, después de crecer en cuerpo y espíritu, preparándome para mi ministerio, se me fue encargada una capilla en un pequeño pueblo de las cercanías de Cádiz, aquel mesmo en donde quatro años antes avía yo hecho noche e dormido en la taberna, e se me mandó vivir allá. Ahí estaba ella, en todo extremo hermosa. La vide cada domingo en la última fila de la iglesia, rebozada con un velo blanco sobre

sus cabellos de oro. Aún entonces tenía menos de veinte; cantaba en la missa y escuchaba mis sermones, sin maliciar de quién yo era. Entonces despertó la llama que dormía en mi pecho. Baxo mi sotana de sacerdote respiraba un hombre. Los recuerdos de aquel encuentro me asaltaban cada noche. No tuve paz, Señor, hasta que fui una tarde a la taberna a buscarla. Su padre me recebió e me atendió como a un príncipe. Me sentó en una mesa e llamó a su hija, mandándole que me truxesse lo que me placiesse. Sé quella me reconoció pues un vivo rubor bañó la nieve de su rostro. Díxele al tabernero que hazía falta en la ermita los buenos oficios de una moça joven como su hija e que por esto le visitaba. Le pedí que le permitiesse ir algunas tardes a la capilla, si esso no le molestaba. Él accedió gustoso. La tarde siguiente, la moça llegó a la capilla. Un estremecimiento me recorrió quando le abrí la puerta e le vide de frente. La abracé por la cintura e cerré la puerta. La miré, Señor, e sus ojos de miel se apoderaron de mi razón. Mi espera llegó a su fin. La besé como el sediento bebe el agua en el desierto, busqué su cuerpo como el pecador busca Vuestro perdón. E pecamos, pecamos juntos hasta que murió la tarde e las estrellas despuntaron. Entonces, ella partió; pero bolvió algunas tardes por mes, durante los dos años que permanecí en esse pueblo. ¡Dios de dicha, que me enseñastes a amar en cuerpo e alma a essa mujer divina, sin dexar de amaros e de serviros! Otorgasteis al hombre, sobre los demás animales, la facultad de pecar. No me culpéis. Obedecí los movimientos del coraçón que Vos me distes. ¡Padre, qué pecado es no pecar!

Al cabo destos dos años, determiné partir hacia las Indias Occidentales, pues la gente murmuraba e dezía malas cosas. No le he buelto a ver, pero aún la echo menos. Era mi compañera, hazía mi vida alegre e hermosa. Vos sabéis quella, muy lexos de entorpecer mi santa labor, me hazía un hombre más fuerte e de provecho. Pero los cristianos no entienden lo que yo siento, pues creen que la virtud está en la abstinencia quando en verdad está en el coraçón. Entrambos ovo algo de magia e de paraíso, y esso no puede ser pecado; nuestro amor era casto por ser sincero. Otros pecan contra Vos con el pensamiento, pues la sotana no ata la mente e piensan mill lujurias. Yo la amaba sólo a ella, fiel e secretamente, e la amaba en espíritu y en carne. Pero la lengua del vulgo hiere más que la espada, por esso partí e me alejé della. No sé qué será della e

de su ánima, pero os pido que la tengáis con Vos. Hasta hoy, el día en que la muerte me ha acorralado entre sus garras, la sigo amando.

Hazed gala de misericordia con este servidor Vuestro que nunca deseó ofenderos, e dispensad mis pecados, recebiendo a mi alma en Vuestro reino eterno. En tranquilidad e reposo dexo a mi ánima; ya no me inquieta ni me angustia la conciencia porque me he confessado y estoy en paz con Vos, Padre e Dios mío.

Agora me dispongo a recebir la muerte, pues no ha de tardar.

Una última merced quiero pediros, Señor, y es que no me abandonéis hasta que mi espíritu se halle libre deste cautiverio, e que me permitáis hazer una buena muerte en aquesta condición e cuita en que me encuentro, encerrado vivo en una tumba de oro e soledad que yo mesmo cavé, aliviando mi dolor e mi coraçón acuitado, en nombre de Vuestro hijo el Cristo e de los pobres pecadores que en su nombre recorren estas tierras e costas espléndidas que sólo a Vos os pertenescen.

1995

Carta en defensa de Balboa al Cardenal Cisneros

Ilustríssimo e reverendíssimo señor Cardenal de España, arçobispo de Toledo e governador destos reinos de Castilla: reciba Vuestra Señoría Reverendíssima deste criado suyo todo el acatamiento que su alta dignidad meresce e que su cargo le confiere, e nuestras muy humildes muestras de acatamiento e lealtad a la muy alta e muy poderosa Reina doña Juana, nuestra señora, que Dios la colme de vida e bendiga mill vezes su locura, pues de amores proviene. Sepa Vuestra Señoría que nos causó a todos los cristianos asentados en estas Indias grande dolor e cuita la noticia de la muerte de su Alteza Fernando el Católico, hombre santo e rey magnífico, que Dios aya en su gloria. Por su ánima se hizo una missa en esta cibdad de Santa María de la Antigua del Darién, e fue grande lamentación e tristeza el perdelle. Aunque la Corona reposa agora en buenas manos, pues Vuestra Señoría tiene a su cargo el govierno destos reinos, para provecho de España e para prez e honra de Dios nuestro Señor. Ha de saber Vuestra Señoría que ha más de año e medio que andamos en la otra mar con el Adelantado, haziendo navíos e descubriendo, sin que en todo esse tiempo nos llegasse nueva alguna de Castilla; e la postrera que tuvimos fue la de la muerte del Rey Católico e la de aver quedado estos reinos en manos de Vuestra Señoría.

Quien esta misiva os escribe, como súbdito manso e obediente de Vuestra Señoría, es Hernando Joachím de Muñoz y Franco, vezino de Santa María de la Antigua del Darién, piloto e descubridor, e grande amigo del Adelantado e Descubridor de la Mar del Sur, Vasco Núñez de Balboa, a quien vos ya conocéis por aquesta gran hazaña que hizo ha seis años. Os escrivo para daros cuenta e noticia de la grande injusticia, que por odio ocioso e vil, en

aquestas tierras del Darién, que Vuestra Señoría rige e govierna, comete el governador Pedrarias Dávila, e para pediros socorro, e que interpongáis vuestra auctoridad para salvar las vidas a quienes más luengas las merescen. Pocos días ha que Pedrarias Dávila, Governador de Santa María, mandó encarcelar a Vasco Núñez, Adelantado de la Mar del Sur por Sus Altezas, e a otros amigos dél, entre los quales me cuento, por falsos cargos de conjuración e traición, levantándonos falsos testimonios e calumnias inauditas. Aqueste Pedrarias, que los indios e aun los mesmos cristianos miran con recelo e mala voluntad por su avaricia e crueldad, enfurecióse tanto de celos e de tan mala manera contra el de Balboa, que no cejó de estorballe en sus empresas e agora le pone cadenas, no aviendo Balboa cometido más pecados que ser bien amado por los naturales e respetado por todos los españoles.

Yo e muchos otros cristianos conocemos bien al Vasco, e damos fe de ser en todo extremo falso lo que Pedrarias arguye, como os lo haré saber luego. Os relataré lo que ha sucedido, deteniéndome en las menudencias, que en ellas recae grande parte de la claridad de toda verdad.

Llegué a estas tierras de Veragua en carabela del Governador Diego de Nicuesa, en el año de mill e quinientos e nueve. Viaje tan desastrado no lo vide jamás en el mundo. Dello culpo yo al mesmo Nicuesa e a Olano, que de aver sido hombres prudentes e sabios, como lo es Balboa, agora sería otra la nuestra suerte. En llegando a estas costas, dímosle yo e otros pilotos a Nicuesa la noticia de ser la tierra que veíamos la de Veragua, su governación. Pero por no creello este Nicuesa e porfiar en navegar más adelante, nos envió el cielo una terrible tormenta, que se puso tan recia e feroz que los cristianos gritaban al cielo clamando perdón. Del cielo llovía fuego, e las olas que se alzaban asemejaban montañas de agua que se nos venían encima con ira a destrozarnos; en toda mi vida no vide jamás la mar tan brava, que más de una vez bolví las tripas e todos andaban mudados de la color e haziendo ofrecimientos de romerías a sus santos, hasta vernos muchas vezes de frente a la muerte mesma. La tormenta desmembró la flota, e muy poco nos buscamos en quanto ovo terminado, creyéndonos cada uno que los otros eran muertos, ahogados en el fondo de la mar. Yo quedé en nave de Nicuesa, en la que viajaba. Los de Olano, quando nos reunió la mano del Señor, contaron que nos procuraron e no hallándonos

se retiraron un tanto a tierra, varándose las naos e ahogándose catorze hombres. En haziendo unas choças, otra tormenta se las arrastró a la mar, e muchos enfermaron de calor e de hambre, heridos o picados por las sabandijas destas tierras, que son muy venenosas, quasi tanto como la yerba de las flechas de los indios. No encontraron oro, ni comida, ni bastimento alguno en los poblados indios, por miedo a entrar a ellos; e fue tanta la hambre entre los cristianos, que llegaron a comerse las partes que arrojó con el potrillo una yegua que se les parió por aquellos días. A los que con Nicuesa íbamos, no fuenos más próspera la suerte. Entramos en un río para resguardarnos de la tormenta, e al baxar la mar varósenos la carabela, partiéndose en dos, e perdiéndose en el río comidas, armas e demás bastimentos. Caminamos desnudos e descalzos, con grande molimiento, por medio de lodos e selvas, con una barca como toda hacienda. Por engañar las tripas, devorábamos camarones e mariscos crudos, e yerbas silvestres. Anduvimos mucho trecho, hasta que llegamos a una parte de tierra en que no pudimos seguir más, e nos encomendamos a Dios porque creímonos morir. El Señor escuchó nuestras plegarias, pues unos marineros, con un moço que nombran Rivero a la cabeça, se amotinaron e escaparon con la barca, buscando socorro e ayuda en los hombres de Olano, que nos pusieron a salvo a poco trecho de aver hecho aquesto Rivero. Nicuesa era hombre bueno de cortes e palacios, pero malo para el mando e la mar. Poco hizo falta para ver al teniente Olano en la horca, si no intercediésemos los cristianos por él, perdonándole Nicuesa de la muerte, aunque encadenándolo injustamente, pues le culpaba de no avelle buscado tras la tormenta.

Aqueste Nicuesa, que Dios perdone su torpeza, hizo perderse la cosecha que los soldados de Olano avían sembrado mientras nos hallaban; e a pocos días, por una liviandad, perdió veinte hombres, heridos con las flechas untadas de yerba de los indios, questas flechas con abrir las carnes un trecho no ha salvación alguna. Desto saco yo que nunca fue el Governador Nicuesa hombre de provecho para la Corona, sino que causó muchas muertes e pérdidas entre los cristianos que a sus órdenes viajábamos. Construyó Nicuesa un fuerte, que llamó Nombre de Dios, mas en él las lagartijas, las sabandijas e los camarones crudos seguían siendo manjares. Hasta que llegó un día, con grande gala e pompa, el lugarteniente del Governador, nombrado Rodrigo de Colmenares,

a pedille que fuesse a priesa a governar una tal Santa María, que solía ser de la gente de Ojeda e de Enciso. Nicuesa quasi lo besó, llorando como una mujer, que fue grande contento el escuchalle aquella noticia, estando tan desnudos e mal parados, en desgracia e pobreza extrema, enfermos e molidos todos nosotros, e débiles de hambre e calores. Parecióle entonces a Nicuesa hazer gala de grande mando e poderío, llegando con garrote a Santa María, enviando embaxada delante para que le anunciasse la llegada. Pero, como supe yo después, aquesta embaxada dio aviso a los de Santa María, que tenían por alcaldes a un tal Zamudio y estotro que sería mi amigo, Vasco de Balboa, que en previendo queste Nicuesa venía a desproveellos del pueblo, bienes e oro, e a tomalles no con gratitud sino con ira, no le rescebieron en tierra. Yo vide a Nicuesa como espantado, sin poder hablar palabra por largo tiempo, de puro pasmo e desengaño. Les lisonjeó e obtuvo licencia de baxar a platicar como hidalgos aqueste desacato, e desembarcó pero no los convenció de su parescer. Abordó nuevamente, e deste punto a unos días lo apresaron e le embarcaron en un bergantín maltrecho, obligándole a navegar mar adentro, que si no lo hazía le darían muerte. Los leales de Nicuesa se partieron con él; yo e otros cristianos nos quedamos en Santa María, baxo las órdenes de Vasco Núñez. Aqueste Nicuesa agora reposará en el fondo destas mares.

En Santa María trabé amistad con Balboa, que es hombre de buen trato, muy gentil e amable. Lo que agora escrivo, contómelo él de su propia boca, e muchos otros cristianos amigos suyos, que tiene muchos; e os lo relato, Reverendíssimo Señor, para que conozcáis la constancia e abilidad deste grande hombre. Embarcóse en Cádiz, en la armada de un cavallero nombrado Bastidas, que recorrió estas hermosas tierras todas, ha cerca de veinte o menos años. Asentóse a probar suertes en la Española, pero unas malas amistades e su poca malicia le hizieron cargar de deudas. Porque deberé deziros, Ilustríssimo Señor, queste Balboa no tenía en aquellos años mucha malicia, en merced de ser él un hombre bueno, e no esperar mal de nadie. Huido de la Española por no poder pagallas, se embarcó a escondidas en una nao del Bachiller Enciso. Gracias a este Balboa pudieron los hombres de Enciso hallar el lugar en donde agora se encuentra Santa María, porque él lo vido quando navegó aquestas aguas con Bastidas; e hasta el nombre de Santa María, fue instigación de Vasco

Núñez, por le cumplir una promesa a Nuestra Señora e colocallo. Enciso, como Nicuesa, era de sangre mudable e altanero, mal governante, quiçá por nombrallo Nicuesa; e a Nicuesa quiçá por nombrallo el Rey tan de lexos e tan sin conocelle ni tratalle. Lo qual, vido por los hombres, pareciéndoles que allí venía bien usar de la fuerça que da la unión, e dirigidos por Vasco, en grande revuelta e pendencia, aprisionaron a Enciso e le confiscaron los bienes, pues el pueblo no gustaba dél por ser un bellaco e no querer compartir el oro entre todos, como era justicia; e a pocos días se retiró por voluntad a la Española, por poner su vida en cobro. Esto sí lo vide yo, por estar a la sazón asentado en Santa María.

Con Enciso, envió Balboa a dos hombres a daros relación de lo que acontecido avía, e pidió la governación destas tierras del Darién en el entretanto, que muy merecida se tenía. Además envió mill e dozientos pesos de oro, como lo manda la vuestra Corona, por razón del quinto real; e aquí aprovecho e os digo que nunca faltó Balboa a esta ni a otra alguna disposición de los Reyes Católicos, que en la gloria de Dios descansen, pues los tenía en mucha estima e amaba mucho.

Muchas e muy grandes cosas hizo Balboa mientras governó Santa María. Debo deziros que aqueste mi amigo, Balboa, se asemeja más a los indios que a los cristianos. No de cuerpo, pues es alto e de muy bello semblante, bien barbado e mejor formado de miembros, piel blanca e boz poderosa; e creo yo questa belleza de cuerpo es la que carcome de envidias a los hombres menguados como Pedrarias, Enciso e Nicuesa, e los encona contra él; aquesta belleza e la gloria que corona el nombre de Núñez. Es en la mansedumbre en que Vasco se asemeja a los naturales destas luengas tierras, y en el buen coraçón. Me viene a la memoria una jornada en que un teniente nombrado Pizarro, hombre de Balboa, capitaneando una jornada, abandonó en la huida a un cristiano capturado por los indios. Grande ira tomó Vasco Núñez e tornó colorado el semblante, reprehendiéndole fuertemente, hasta quel mesmo Pizarro se avergonzó e pidió perdón. El Adelantado le envió a buscalle, e Pizarro le truxo. Aunque no es de temer quedar cautivo de algunos destos indios, porque muchos son humanísimos e dan buen tractamiento a los cristianos; solo quando los soldados de España han hecho alarde de bravura e avaricia, matando como

suelen hazello, a diestra e siniestra sin perdonar mujeres o niños, e prendiendo fuego a las aldeas, es que los naturales sienten merced de defenderse o de tomar vengança. De aquesto que hablo, de la mansedumbre e buena voluntad de los indios, pueden dar fe dos hombres de Nicuesa que naufragaron e se perdieron en estas selvas; pues los indios de un cacique nombrado Careta los recogieron, e Careta mesmo les hizo grande rescebimiento, e les pintaron de colorado, e les dieron mujeres e comida, que fue mucha delectación e contento.

Muchas e muy grandes empresas, ha hecho Vasco Núñez en aquestas costas e montañas, siendo las más grandes e gloriosas, e las de más provecho para la Corona, las entradas a tierras de los caciques, e el edificar cibdades e labrar carabelas en plena selva, a pesar de ser estas selvas como el mesmo infierno. La vista prima de la mar del Sur no es sino la corona con que remata aqueste hombre su gloria. Y es desta tanta gloria ajena de la que muere Pedrarias, consumido de mucho envidialla e no posseella. En aquestas entradas a los pueblos de los indios es do se vido la grande diferencia entre Balboa e los que vinieron después dél. Balboa hizo muchos amigos indios entre los señores que mandaban las tierras, que nombran caciques, aviendo dellos mucho oro, comidas e ayuda para andar por los montes, e todo esto de buena gana las más vezes, e derramando quasi nada de sangre de indios e de cristianos. Porque con Nicuesa e con Olano vide yo que de más de setecientos cristianos que embarcaron, apenas quedamos vivos setenta o menos soldados; pero a Balboa, quando cruzó la montaña para ver la mar del Sur, en una jornada de más de un mes por medio de la selva más horrible que podáis imaginaros, no muriósele ni una sola ánima.

Un pacto hizo una vez el Vasco, quando apenas empezaba en aquestas empresas de descubrir tierras, con el cacique Careta que arriba nombré, pues éste tenía querellas con estotro cacique nombrado Ponca, muy feroz e poderoso. Balboa le requería alimentos, pero Careta no púdoselos dar por estar puesto en pobreza por la guerra. Por su parte, Balboa ayudaría a Careta a vencer a Ponca, e no tuvo ningún trabajo en hazello; e por parte de Careta, daría comidas e otros bastimentos a los cristianos. En firma del pacto, como suele hazerse, Careta nos entregó, para nos plazer a nuestra guisa e talante, algunas indias moças muy hermosas e de bellas caras; a Balboa le entregó,

como señalada muestra de amor e con mucho encomendamiento, a su propia hija, nombrada Anayansi, moçuela muy joven y en todo extremo hermosa. E a mí, porque me vido Careta muy amigo de Balboa, me hizo la merced e me entregó una india, crecida en su casa, para mis plazeres e mi compañía (pues el cristiano anda muy solo en estas tierras), cosa que no hizo con los demás españoles, salvo con Balboa, conviene saber, dar india suya a un español en particular. Según conocí más adelante, mi india se nombraba Yovaná, y era quasi tan hermosa como Anayansi, de muy noble gesto e de poca más edad que estotra. Ella me acompaña hasta el día de hoy, e no tengo recelo en confessar que me enamoré desque la vide aquel día e que aún hoy le amo, pues no es falaz como las españolas y es muy bella, e me fío más della que de mí mesmo; sabed quella está conmigo agora en mi prisión, e acaricia mis cabellos mientras os escrivo esta misiva. Con esto verá Vuestra Señoría quán mansos son estos indios e amorosas estas indias. Era tanta la belleza desta Anayansi, que a poco Balboa se enamoró perdidamente della, conociéndole nosotros sus amigos que era un amor cierto, e no plazer de la carne. Aquestas indias que entregó Careta, gustaron mucho a los españoles, por ser mejores que las españolas en los amores, de bocas sanas, carnes firmes e cuerpos bien provistos; muchas españolas celaron los amores de los soldados, e más de una se amancebó con indio, alegando que era en despecho, mas entendiendo todos los cristianos ser aquesto por propio plazer e agrado dellas.

Balboa trata a la india Anayansi como su mujer, haziendo ella amistad conmigo e con otros cristianos cercanos a Balboa, pero nunca le ha sido ella infiel, questo se sabe presto entre los soldados, ni dexa Vasco que español o indio alguno le importune o le requiera de amores. Es su mujer, qual si su esposa de matrimonio fuesse, y él la ama como a su vida. Por los favores desta princesa Anayansi, que se le llama princesa por ser su padre soberano de aquel pueblo, aprendió el Adelantado a hablar en indio, e ansí se entendía con muchos dellos, que paresce que no todos hablan la mesma lengua. E por los amores della, le vimos más de una vez tratar a los naturales con tanto cuidado como si fuessen cristianos; pienso para mí que por ser los indios fieles e los españoles a vezes traidores. Ha poco Garavito, un amigo de Balboa (que Dios le dé mala muerte), que salió falaz, hizo traición a Balboa, e nosotros sabemos

que fue por deseos de posseer a la Anayansi e porque ella le avía rechazado, queriendo vengarse el español haziendo traición a Vasco Núñez. Balboa le ama bien, no solo por ser hermosa e buena en los amores, sino por avelle salvado ella una vez la vida, quando unos caciques juntos se concertaban para dalle muerte. Un hermano de Anayansi le dio aviso para que se pusiesse ella a salvo, pero la india, corriendo grande peligro su vida, se fue a escuras donde estaba Balboa e le descubrió el concierto de los indios de matalle; e acometió ansí Balboa primero e ganó la batalla antes de empezalla. E los indios no dieron en la manera en que adivinó Balboa la acometida, e le creyeron más aún un dios o un bruxo muy poderoso.

En este punto ha de saber vuestra merced que los indios, con poca malicia, creen ser Vasco Núñez un dios, como lo confesare el hermano de Anayansi quando acaeció lo de la acometida descubierta. Habló el indio razones con las que dio a entender que los de su raza se espantan al ver las esplendentes armas e las alburas de la armadura del Adelantado, e por velle montado en bestia, pues Balboa possee en aquestas tierras un cavallo hermoso, negro como la noche, brioso como el demonio e veloz como el trueno, porque con aquesto terminan los indios de horrorizarse e de tenello por dios o diablo. Le temen e le respetan, llamándole Tibá, que en cristiano quiere dezir Señor; atribúyenle ansí grande poder e dones de adivino.

No cansaré a Vuestra Señoría con los particulares de las entradas deste Balboa por las tierras del Darién, porque son muchas e muy diversas. Pero deberé deziros que ningún español que capitanee los exércitos de vuestra Corona podrá alcançar lo que alcança Balboa, e que sería un grande error de vuestra parte el perdello, además de ser una grande injusticia, por no aver razones verdaderas para aprisionalle a él, o a nosotros, pues más servir a la Corona e a los Reyes no hemos podido.

Balboa haze la paz con los indios que le receben, e sabe someter a los que se resisten, sin enemistarse con ellos más allá de la batalla e trocándolos presto en amigos. Los que vinieron después dél, como Juan de Ayora, el mesmo Garavito que arriba mencioné, los dos Dávila, sobrino e tío, un señor Morales, otro nombrado Becerra e otros más, deshizieron presto las amistades que Balboa avía hecho entre los indios (que andan descuidados creyendo questos

otros cristianos son amigos como Balboa), matando muchos cientos, robando e quemando a su passo, e perdiendo con esto los alimentos e la ayuda que los indios daban, haziendo decaer la próspera Santa María al poco tiempo, para, según yo veo, no se levantar jamás. Los indios, agora que arribaron los hombres que Pedrarias manda, han huido a los montes e no quieren saber ni ver a los cristianos, de puro espanto.

Balboa es hombre abilíssimo e prudente, e sabe andar por estas tierras, de noche e de día, tanto e tan bien que dizen los cristianos que tiene pacto con el Maléfico, pues los indios no le sorprenden a él, como es usanza por estas indias occidentales, sino queste Balboa les llega de súbito e sin ser sentido en medio deste infierno de selvas, que es cosa de maravillas, por lo que los indios creen que es adivino. Además es hombre prudente, y sus soldados se andan confiados quando él los guía, pues Balboa vence a la selva e los lleva con bien. Con él al mando, todos esperan felice suceso. A tal punto le quieren e le estiman los españoles, que en queriendo ir Balboa con una embaxada a España, no le dexaron los cristianos, diciendo que su prescencia valía más que la de cien cristianos para defenderse de los indios. Esto es con Balboa, pues es hombre hábil; mas yo vide morir muchos cientos de hombres de Nicuesa e de Olano, e muchos otros baxo el mando de otros capitanes, por descuidos e liviandades tontas, propias de hombres baxos e imprudentes e no de hombres de mando.

Balboa sabía andar por los montes e preguntar a los indios que eran amigos suyos, pues hablaba algo de su lengua; e gracias a un moço joven, hijo del cacique Comogre, de nombre Panquiaco, fue que supo Balboa de la mar del Sur. Este moço indio nos guió e acompañó hasta la otra mar quando la jornada estuvo a punto para partir. Yo os aseguro, Reverendíssimo Señor, que nadie sino Balboa oviesse descubierto aquesta mar hermosa, por muchas razones, conviene saber: por no aver los indios dado noticia désta a un español que no los tratasse de amigos como Balboa, por no aver sido otro español bastante para concertar con tan pocos hombres una jornada tan grande, e por no aver podido otro español contar con la ayuda destos indios, que de buena gana nos acompañaron quando fuimos con Balboa, e de trocar en amigos a los caciques que topasse en el viaje, como lo hizo Balboa.

Deberéis saber, Ilustríssimo Señor, que las llamas del infierno son más placenteras e sanas questas selvas del Darién. Árboles altísimos las coronan, e bejucos e matas las encierran. Lodaçales inmensos, infestados de sabandijas extrañas, en su mayoría venenosas, son el suelo por donde caminan los cristianos. Montes infinitos, sin derroteros, espesos como la mirada de las moriscas, mortales como la lengua de los blasfemos, se extienden en todos los rumbos. Crescen aquí las yerbas que los indios untan en sus flechas. Unos mosquitos vide yo que do pican, aparesce una roncha colorada que cresce con el tiempo, pudriéndose en derredor la carne a pocos días, e muriendo el hombre ardiendo en fiebre e despedazado en podredumbre; no valen para estas picadas hierros ardientes que quemen la carne ni bálsamo alguno. Aguas terribles son aquestas que corren por el Darién, que si uno las bebe, buelve las tripas hasta morir, sin poder hazer nada para evitallo, cada vez de una color más escura, acabando e moriendo pálido e flaco a los pocos días. ¡Plega a Dios que nos ampare! Vide yo una rana venenosa que con arrojar una leche sobre un cristiano, le quita la vida antes que diga amén. Son los calores destas tierras como los del horno del herrero, e las noches e días plagados de mosquitos. Se passa mucha hambre, pues muchas de las yerbas son venenosas e las más desconocidas; si no es por la comida que consigue Vasco en sus pactos con los caciques, nos muriésemos de hambre. E ansimesmo mill trabajos e pestes más que se haze largo relatar, nos afligen e acuitan en estas partes. Pero Vasco Núñez las venció a todas e cruzó la montaña para daros el otro mar, e con él, la puerta a mill nuevas riquezas, descubrimientos e maravillas, sin que se diesse una sola muerte entre los cientos de hombres que con él andábamos. Decidme agora, Reverendíssimo Señor, si es o no esto cosa de maravillas, e si meresce o no Vasco Núñez de Balboa que se le encumbre en la gloria e la fama.

No sé por qué razón nombró el Rey Fernando el Católico a aqueste Pedrarias Dávila como governador de Santa María, pero me paresce que fue por malas relaciones de otros españoles traidores que hablaron mal de Balboa. Que Dios los perdone, porque yo no puedo. Fue grande error e imprudencia del Rey, mas no le culpo por desconocer él todo lo acaecido e lo por acaescer en estos infiernos de Darién. Agora imploro a Vuestra Señoría que mande

poner remedio, en lo que le sea possible, en aquesta grande afrenta contra el servicio de Sus Altezas e destos reinos.

No he certeza de si fue la gloria que a Balboa le sobraba, la buena voluntad que los españoles le tenían o la belleza de su porte y su semblante. Lo cierto es que algo de Balboa enojaba a Pedrarias Dávila, e no con justicia, por ser el Vasco hombre llano e cierto. Hallóse el de Ávila tan estrecho de mando quando se llegó a estas tierras, que su corto entendimiento le hizo saber presto que no podría nunca igualar su nombre al deste grande cavallero Vasco, no por carescer de hidalguía e corage, sino por carescer de ingenio e de gracia, queste Balboa es cosa de maravillas vello quando da órdenes, pues todos, indios e cristianos, le obedescen sin dudar. Esto es merced, en grande parte, a que Balboa trabaja e suda tanto o más que los indios e los soldados, pues da sobrado exemplo de cómo se trabaja. Ansimesmo lo ha hecho siempre, en las batallas, en los descubrimientos, en el edificar de cibdades, como Acla e Santa María, y en el labrar de naves. Me viene a la memoria, quando en labrando él e nos sus hombres en la mar del Sur unas carabelas, quél se cargó un tablón de madera tan pesado como un cristiano, e subió una grande cuesta con él en las espaldas; entonces los españoles le siguieron e trabajaron alegres, cargando en pos dél cada uno su carga, e los indios también, pues siempre lo han hecho. Por esto es que le quieren, le siguen e le obedescen todos.

Pedrarias, desque aquí se llegasse, en mal uso e detrimento del mucho poder que le oviere concedido el difunto Rey Fernando el Católico, que Dios aya en su gloria, ha hecho la guerra a los naturales destas hermosas e salvajes tierras, sin que con esto ganasse para la Corona otra cosa que no fuesse el odio déstos, pues ni un peso de oro ha obtenido que no sea robado con mucha sangre, e ni una sola alma ha ganado para la fe católica. Digo aquí, para que comparéis, que Balboa bautizó al cacique Careta en la fe de Cristo, nombrándole en adelante Fernando, como el Rey. Con Balboa al mando, Santa María era próspera; aunque agora, con Pedrarias a la cabeça, ninguna cosa hay que sea felice o de provecho a este pueblo venido a menos. Desque llegó Pedrarias, los cristianos passamos aquí en Santa María hambres terribles, e muchos somos enfermos de calores o de pestes.

Pedrarias envidió mucho a Núñez desque lo vido. Y en este odio os juro, Reverendíssimo Señor, que ha llegado a desatinos que son de reír. Quando llegaron las cédulas nombrándolo Adelantado de la Mar del Sur, aqueste Pedrarias las retuvo un tiempo en secreto, por no dalle la auctoridad que se merescía e que mandaba el Rey para Balboa. Otro día, por hazer éste gente en Cuba para sus empresas, se enojó el de Ávila como una niña malcriada, e sin escuchar las muy justas razones del Adelantado, le encerró en una jaula hedionda en el patio de su casa, con cadenas pendiendo de las gargantas de sus pies e de sus muñecas. A los dos meses le soltó e le casó con una hija suya, que estaba en España. Ríen los soldados hablando que debía ser muy fea la dicha hija para tener que amenazar con dexar enjaulado al cristiano que con ella casarse no quisiesse.

Ha poco le tomó preso nuevamente. Pero antes desto, le estorbó como pudo para que no saliesse con sus empresas. Quando el capitán Balboa quiso descubrir la mar del Sur, Dávila le negó la licencia, e después la otorgó a condición que Balboa le hiziesse un camino en la montaña e un poblado nuevo, nombrado Acla, adonde agora pretende ajusticiallo. Hízolo todo Balboa como le avía mandado él, e nuevos estorbos le buscó Pedrarias. Después de cumplidas aquestas condiciones, Balboa e todos sus hombres nos fuimos a la costa Sur a labrar unas carabelas para navegar la mar recién descubierta, pero Pedrarias le negó dineros e hombres al capitán, dándole corto plazo para acabar la empresa de navegar aquestas aguas nuevas. No solo contra el governador tirano tuvimos que luchar, sino también contra natura, pues quando avíamos conseguido todos los bastimentos e labrado las piezas en la pesadísima madera, cargándola algunas leguas desde la selva hasta la costa entre braços indios e cristianos, sin ninguna ayuda en hombres o dineros del mal nacido Pedrarias, una inmensa corriente de aguas turbias del río donde teníamos el real (dizen los indios que por las lluvias en la montaña) arrastrólo todo e perdióse en el mar nuestro trabajo y nuestro sudor de un año. Pero Balboa es hombre que nunca se vence. Consiguió licencia para seguir adelante, e pidió a Pedrarias alargar el plazo e suplirle de dineros e ayuda; pero Pedrarias le envió cien pesos en burla. Diónos ánimos e aliento el Adelantado, y emprendimos la labor nuevamente. Concluimos las carabelas, pero al botallas al agua se hundieron,

por averse podrido la madera. Las vaciamos de agua e calafateamos los agujeros, e navegamos un poco hasta unas islas que daban al Sur, descubriendo con grande pena los estragos que hizieron los hombres de Morales en los pueblos de indios, pues todos huyeron hacia tierra firme al passo de los cristianos, que iban matando e robando sin piedad. Hizimos otras dos naves e recorrimos con ellas las costas de Tierra Firme, hasta ver una bahía en que avía muchas de unas como peñas negras sobre el agua. E le nombró el Adelantado Puerto Peñas.

Balboa, debo decíroslo para que entendáis el porqué debéis defendelle la vida, sospecha de grandes riquezas de oro, que se encuentran hacia el Sur, por la costa de la nueva mar. Buscamos en el Darién el Dabaibe, tierra riquísima en oro, sin hallallo nunca. Agora Balboa quiere navegar hacia el Sur, e me temo que de no vivir para descubrilla, aquellas tierras serán descubiertas por algún follón e malandrín que no se lo meresce. Los naturales le han dado noticias de grandes tesoros en unas tierras ricas que llaman Pirú. Yo creo que Balboa tiene bien ganada la gloria de vellas primero e de conquistallas ansí como hizo con la mar. No faltará, si le dan muerte a Balboa, otro capitán, como Morales, Pizarro o Ayora, que le busque e le halle, hallándolo todo hecho e el camino abierto, sin trabajos ni servicios suyos.

Oí dezir en esta cárcel, ha pocos días, que viene un nuevo governador para la Castilla de Oro, un cavallero nombrado Lope de Sosa. Teme mucho Pedrarias le hallen culpado en el juicio de residencia que le hará, como es costumbre, el nuevo governador, por lo que supongo que ha determinado acusar a nuestro capitán del mal estado desta villa, e con ello salir con las manos limpias. No sé por qué le odia tanto Pedrarias. Le tendió celada, e le hizo encarcelar, acusándole de traición, sin dezir jamás traición de qué e sin dar más razones. Le aprisionaron en casa de Juan de Castañeda por un tiempo, e luego le mudaron a la cárcel común. Tomaron presos con él a otros valientes, entre ellos Valderrábano, el santo padre Pérez, Botello, Argüello e a mí, Muñoz. Pedimos apelación a la Corona, pero se nos negó vilmente, ante el silencio de aquel que debía hazer justicia, el licenciado Espinosa, e instigado por quien debía defender a la Corona, el hideputa Pedrarias. Y tras dellos, unos quantos hombres de poco que, como os he referido antes, estaban enojados de la gloria

de Balboa, e entre ellos nuestro antiguo amigo Garavito, que renegó (como Pedro hizo con el Redentor) de la amistad con Balboa, por velle muerto, pues todavía desea los amores de Anayansi, a pesar del rechazo della.

Los soldados todos saben que somos limpios de culpa, e que las acusaciones son en todo extremo sin fundamento, e muchos hablan de venir a rescatarnos haziendo revueltas e otras cosas de igual jaez. Según están las cosas, no nos queda otro remedio. Al adelantado se le tiene a muy buen recaudo, por lo quél no ha podido ser quien os escriva, Reverendíssimo Señor; pero encomendome a mí la tarea de escriviros e solicitaros muy encarecidamente que enviéis una Cédula Real otorgándole ya sea el perdón a su vida y la licencia para navegar al Sur, o la governación de Santa María, como vos gustéis e como os plazca más.

Mientras recebís esta misiva e la cédula que enviaréis llega, trataremos de escapar con la vida con una traza de Núñez de Balboa, que, como siempre, no se vence. Tenemos de nuestra parte algunos valientes entre los hombres de Santa María; e con los favores de Anayansi e de Yovaná, hemos hablado con unos naturales destos lares para que, en acometiendo con grande furia e pegando fuego a algunas casas, se forme algarabía suficiente como para darnos los cristianos estos que os refiero como de nuestro bando, la libertad al Adelantado e a los que con él yacemos. Entonces, huyendo a los montes, viviremos con los indios, en secreto, hasta que nuestros hombres en el pueblo de Santa María nos avisen de la llegada de la cédula real que os pido enviéis con priesa.

Agora el grande Balboa está condenado a morir, e sólo el oportuno socorro de Vuestra Señoría, con esta cédula real, puede salvalle la vida. Ruego a vos que no os dilatéis en envialla, e a Dios que no sea ya demasiado tarde. Trataremos de escapar ansí como os lo he relatado, e de vivir ocultos mientras la cédula llega. Yo sello la carta con mi firma, cumpliendo con esto mi parte de lo acordado con Vasco, e la envío secretamente en manos de Lorenzo de la Gándara, a bordo de una carabela que parte mañana derecho a España. Él os buscará con toda priesa e os entregará mi misiva.

Antes de despedirme, quiero recordaros, Reverendíssimo Señor, que si Balboa muriesse, la mayor pérdida la tendría España, al perder al mejor conquistador que ha parido hasta agora mujer alguna, al único cristiano que traba

con los indios amistad, e que vence a natura e la lleva a porfía. Balboa es el hombre que puede dar a España los reinos del oro que tanto desea, e que puede convertilla en el más rico, poderoso e glorioso imperio del mundo.

Criado e servidor de Vuestra Señoría Reverendíssima, que sus muy reverendas manos besa,
Hernando Joachím de Muñoz y Franco

Fecha en Santa María de la Antigua del Darién, a doze días del mes de enero de mill e quinientos e diez e nueve años.[1]

1995

notas

[1] El cardenal Cisneros había muerto en Roa, camino de recibir al nuevo rey, el 8 de noviembre de 1517, catorce meses antes de que se escribiera esta carta. Vasco Núñez de Balboa fue decapitado en la plaza de Acla, con Valderrábano, Botello, Argüello y Muñoz, en aquellos mismos días de enero de 1519.

Arum Bakir Ehrab

A mi madre, Eka Franco de Pérez,
quien me enseñó a amar la poesía panameña

I

Desde el vallado oscuro, Arum Bakir Ehrab, el sátiro ceñudo, la miraba... Zilah, primor de primera rosa, esclava del Templo donde Yazuda se escondía de los pecados del mundo. Arum, con un silencio de esfinge, siente los caprichos de incendio del placer retenido. Mientras la fiebre loca del corazón rompía las arterias de un grito silencioso, con los cardos nerviosos de sus dedos estrujaba -satánico- una dalia, una de aquellas cultivadas en el jardín de su palacio, para ser ofrendadas en el Templo.

Y Zilah indiferente al asedio febril de Arum Bakir Ehrab, con el sari de muselina rasgado en dos hasta su cintura de ánfora, y el rostro húmedo de lágrimas, se asomaba a las puertas del lago silencioso, calmando su angustia y reteniendo su pena en el cerrado pomo de su aliento. Miraba el remanso, violeta bajo el atardecer decadente, y trazaba un relieve de reflejo y de armiño con las níveas redomas de sus senos, descubiertos por la violencia de la mano impía.

II

Era Zilah la esclava favorita del templo de Tahgut. El Templo que Arum Bakir Ehrab había ordenado construir y pagado con sus tesoros, instigado por el rabí Yazuda. Yazuda abrió los ojos a Arum y le mostró cuán perdida estaba su alma. En aquel templo, mármol labrado con amor fervoroso, Yazuda furtivamente se ocultaba a veces para sangrarse el rostro con azotes de cactus.

Una noche en que acaso soñaba con un vago sortilegio de mirlos y cerezas, el sádico Yazuda se acercó a Zilah y con mano temblorosa la acarició impúdico. Zilah se escurrió liviana hasta un recodo del templo, pero el rabí fue más sagaz: la aferró, y a la fuerza deshojó la magnolia de sus años en flor.

Y Zilah -plenitud de rosa nueva-, con el violado fruto de su inocencia núbil, se fue hasta los oscuros recodos del camino, escapando de su propio dolor, hasta recostarse junto a un lago de plata que se entreabría como la huraña mueca de una espada en acecho. Entre juncos y lotos, Zilah mira el agua serena, y el reflejo de la tarde en sus ondas. Y llora.

III

Arum Bakir Ehrab observó a Zilah acercarse corriendo, con el sari destrozado y el llanto en su rostro. Intuyó lo que había pasado y sintió un calor de infierno. Sus ojos se tiñeron de rojo calcinado, y apretó en su mano la flor que llevaba esa tarde al templo. En sus dedos convulsos se deshizo la dalia.

Arum Bakir Ehrab, por consejo de Yazuda, se había tornado de renegado impío a diligente asceta. Por la palabra del rabí, había acallado el voraz apetito de la carne y cegado el río de todos los placeres. Construyó el Templo de Tahgut con sus joyas y sus tierras, y arrojó a los mares diamantes y ajorcas. Cultivaban sus esclavos en el jardín de su palacio, rosas, geranios y dalias para ofrecerlas en el Templo. Desde entonces, su alma se reflejaba serena en sus ojos.

Por eso, cuando Zilah presintió su presencia, se cubrió presurosa con dos hojas de almendro y arrebató su imagen al espejo del lago. Todavía su alma se desangraba en las arenas.

IV

Arum Bakir Ehrab, el sátiro ceñudo, se acercó entre las sombras hasta el lago de plata. Con el amor silencioso de mil días, reprimido en su pecho, miró a Zilah dulcemente, sin la presencia fugaz de una palabra. Rozó con sus dedos la sedosa penumbra de sus bucles y atormentó el arroyo sereno de sus ojos con desnuda lascivia en la mirada.

Y Zilah temblorosa -capullo de azucena frente al rigor de un junco- al descubrir en aquellos ojos la profunda espera de Arum Bakir Ehrab, le ofreció el homenaje de una lágrima.

Y Arum Bakir Ehrab se postró de rodillas y besó sus sandalias.

Bajo el azul ceniza de un sol agonizante, el sátiro ceñudo, con ira venenosa en el corazón, se ciñó el sable a la cintura y se perdió en la mezquita de la tarde violeta. Entre la aventura melodiosa de un ruego y las cenizas incoloras de las flores, se adentró en los recodos del Templo. La cabeza de Yazuda rodó al despuntar las estrellas, manchando de rojo el mármol níveo del Tahgut.

Dos esclavas condujeron a Zilah al interior del palacio de Arum Bakir Ehrab.
Le ungieron con perfumes y le recostaron sobre sedas.

Al despuntar el alba, dos eunucos trajeron, para la esclava Zilah, una cesta de rosas y geranios, que arrancó en sus jardines Arum Bakir Ehrab...

1995

notas

Este cuento es una variación en prosa del poema homónimo del panameño Eduardo Ritter Aislán. Las frases que lo componen son fragmentos de múltiples obras del poeta, lo que lo convierte en un collage lírico en homenaje a Ritter.

Las cuerdas doradas

A Bolívar Rodríguez

«Esclavo y señor de la Naturaleza
es el artista, porque es su amante»

— Rabindranath Tagore

Recuerdo el primer día que lo vi. Era un lunes. El sol que se colaba por el tragaluz y la puerta entreabierta, iluminaba la pequeña sala. El maestro, que minutos antes me había recibido amablemente en su casa, tomó entre sus manos mi guitarra y con la agilidad que brindan los años templó las cuerdas nuevas, de un color dorado precioso, haciéndolas subir desde un tono flojo hasta la nota exacta, sin ninguna dificultad y en un dos por tres. Luego, con un indiscutible talento más de genio que de artista, la hizo temblar sin piedad y estremecerse al compás de los acordes de alegres melodías con sabor antiguo. Quedé pasmado. Sus dedos -fuertes y callosos- volaban de traste en traste con una velocidad vertiginosa, digitando tonadas tan complejas que apenas lograba creer lo que veían mis ojos y escuchaban mis oídos. Cuando hubo terminado su magistral recibimiento como bienvenida a mi primera clase, el profesor Bolívar Rodríguez me miró sonriendo y me extendió la guitarra, diciéndome: *"Así tocarás algún día, si eres constante"*. Tomé el instrumento y lo monté sobre mi pierna, y coloqué las manos en sus posiciones respectivas. No pude evitarlo: me dio la sensación de que esa guitarra montaba a horcajadas sobre mí y de que nunca se doblegaría entre mis manos. En efecto, desde las primeras lecciones de ese día, la misma guitarra que antes se había portado mansa y sumisa entre las impasibles manos del maestro, se portó reacia y malcriada ante mis modestas peticiones. Unos cuantos compases y mis dedos

comenzaron a dolerme. Era necesario hacer callos y eso solamente se lograba con tiempo y práctica, me había dicho el Profesor.

La segunda vez que fui a su casa a recibir sus lecciones, dos días después, mientras él esperaba que yo descansara mis adoloridos dedos entre lección y lección, pude presenciar una exuberante demostración de sus habilidades y su talento. Tocó para mí fragmentos de música andina, argentina, española, chilena, brasileña, cubana, mexicana, y para cerrar con broche de oro, interpretó también diversos géneros para mejoranera, de música típica panameña, que dominaba a la perfección. Desconozco, en realidad, si con esto logró alentarme o no, pero lo que sí logró fue dejarme sin palabras, conteniendo el aliento por la admiración. Fue realmente impresionante verlo tocar, pero lo más impresionante fue oírle decir que durante su época de oro -una larga temporada durante la cual vivió en Argentina- su velocidad y su coordinación eran mucho mejores.

Debo confesar que en mis prácticas caseras, cuando tenía que vérmelas yo solo con la guitarra, era cuando lograba entender a cabalidad cuán grande era su talento. Solamente cuando comparé mis adoloridos, lentos y torpes dedos con aquellas veloces manazas que volaban sobre las cuerdas arrancándoles a su antojo sonidos increíbles, logré percibir el vasto abismo de experiencia y talento que me separaba del maestro. Mas aún así, en la soledad de mi cuarto, practiqué con paciencia sus lecciones.

El viernes, al llegar a su casa para la tercera clase, no le encontré en el portal, donde siempre me esperaba sentado en una mecedora. Sus vecinos me dijeron que tal vez estaría en el patio posterior de la casa, donde tenía un pequeño taller de carpintería, y que le buscase allí. Entré a la casa y la atravesé hasta llegar al patio, donde en efecto, lo encontré. Estaba sentado sobre un taburete, marcando medidas con un lápiz en un bloque de madera. Al verme, se sonrió y se disculpó por su olvido.

- El tiempo se me va volando cuando me pongo a trabajar aquí. - me dijo. Me acercó un taburete y me invitó a sentarme. Entonces agregó: *- Aquí es donde escribí el Punto dedicado a tu hermana, Eka Elvira.*

Luego me comentó que heredó aquel taller de su padre, que era constructor de carretas y un gran folclorista. Me mostró unas piezas de carreta en las que

estaba trabajando, y varias mejoraneras que él mismo había construido. Lo que sentí fue muy peculiar. Cuando el corazón identifica sus raíces en las tradiciones de su gente, la sangre hierve y en su torrente se sienten vibrar todos los sonidos de esta tierra. Guiado por mi Profesor, pude arrancarle a la pequeña mejoranera de cedro espino, unas cuantas notas bastante cercanas a la melodía correcta.

En la clase de aquel día noté algo muy particular: el cabello del maestro, en su mayoría blanco, era largo y rebelde, y se encrespaba en oleadas casi artísticas a ambos lados de su cabeza; y me recordaron sin querer a aquel otro gran genio de la música, nacido en Alemania y autor de nueve sinfonías. Pero sus características eran diferentes: mi profesor era sonriente y de un humor estupendo. Además poseía una paciencia de santo y una inconmensurable capacidad didáctica. Esa mañana escuché de su guitarra el Torna a Surriento de De Curtis. *"Pronto te enseñaré el acompañamiento de esta pieza para que la toques junto a mí",* me indicó. Me pareció casi imposible que yo lograse aprender algo tan complejo, debo reconocerlo, pero el maestro me lo dijo con tanta convicción que terminé por creerlo.

Seguí adelante con mis prácticas, con mucha dedicación. Durante mi cuarta clase, sentí algo que no había sentido en las clases anteriores. Mis dedos me dolían profundamente, y la guitarra, todavía rebelde e indómita, parecía endurecer sus cuerdas y alargar sus trastes para frustrar todos mis intentos. Entonces recordé unas palabras del genial Andrés Segovia, que leí alguna vez, no sé dónde, y que decían más o menos así: *"La guitarra es como la mujer: no se entrega por completo hasta que no ha obtenido de ti lo que quiere".* Pues la mía sí que era una mujer terca, pensé sonriendo.

Cada nueva clase aprendía nuevas cosas, que más tarde practicaba en la soledad de mi cuarto aprovechando el silencio de la noche. Por esos días pude comprobar, con complacencia, que mis dedos se habían hecho más fuertes y ostentaban ya, con orgullo, pequeños callos para protegerse de la cortante presión de las cuerdas. Fui ganando confianza y pronto me sentí en condiciones de dejarme oír.

Entonces fue cuando se me ocurrió. Le llevaría una serenata, con mi profesor, claro está, a una señorita encantadora que desde aquellos días cautivaba

mi corazón y mis sentidos con su belleza y sus otros encantos. Yo llevaría mi guitarra de cuerdas doradas y mi profesor la suya de cuerdas color vino, además de su inconmensurable talento - que el tiempo no logró nunca robarle - y su vasto repertorio. Se lo propuse al maestro cuando tuve la oportunidad. Le dije, para convencerlo, que la serenata me parecía una magnífica experiencia, que me ayudaría a ganar confianza en mí mismo, y aparte de eso, sería una buena oportunidad para ampliar mi repertorio y perfeccionar mi técnica. Me miró a los ojos, sin darme tiempo para preparar una cara de seriedad que respaldase mis razones rebuscadas, evidentemente carentes de verdad. Y al verme sorprendido y avergonzado, sonrió pícaramente. *"¿Ella te gusta?",* me preguntó. Le respondí que sí, que ella era un encanto, que era joven, bella, culta, tierna, amable y muy agradable. Mis palabras se sucedieron entonces en una larga serie de descripciones y elogios que trataban inútilmente de expresarle a mi maestro toda la admiración que por ella sentía, mientras él me miraba en silencio disimulando su risa apresada. Mis frases pasaban de describir su sonrisa, sus cabellos y su mirada, a alabar su finura y educación. Al cabo de varios minutos guardé silencio. Me dio la impresión en ese momento de que el Profesor esperaba oír de mí aún más alabanzas.

- Una criatura así se merece muchísimo más que una simple serenata. - me dijo al fin - *¡Cuenta conmigo!*

Y proseguimos con las lecciones.

o - O - o

En una de aquellas clases, después de practicar más de una hora, el Profesor fue a su taller a buscar una pieza de madera -creo que era una tablita delgada para levantarle el puente a mi guitarra- y me dejó solo por un momento. Esa mañana, cuando llegué a su casa, le encontré precisamente en el taller, tratando de extraer de varios tablones de densa madera de moro, una rueda de carreta. En su cabeza llevaba puesta una boina de español viejo y en sus labios su sonrisa imborrable. Cuando quedé solo en la sala, sentí una curiosidad irresistible y tomé la guitarra del maestro.

Miré sus cuerdas color vino: la luz que entraba por la puerta abierta arrancaba de ellas hermosos tonos violetas y tintos. La primera idea que me pasó por la mente fue que aquel color de vino, con matices de púrpura, correspondía

muy bien a la experiencia de mi profesor. El producto del esmero y de muchos años de maduración, resultaba, en ambos casos, excelente. Desde mi primera clase establecí, casi inconscientemente, una especie de relación jerárquica entre el color de las cuerdas de una guitarra y la experiencia, talento y velocidad de su dueño. Así, mis cuerdas doradas, a pesar de su sonido inmejorable, eran para mí como el primer nivel de aquella escala jerárquica, pues con ellas me iniciaba en aquel complicado arte. El color vino representaba, en consecuencia, un nivel muy superior de talento y experiencia.

Miré con detenimiento la guitarra de mi profesor. Aquel instrumento, hecho con finas maderas de pino y abeto según él mismo me dijo, sonaba divinamente cuando él la blandía. La mía, a pesar de haber mejorado un poco con dos semanas de lecciones y prácticas, seguía sonando mustia y confusa comparada con aquélla. Así que cedí al deseo de intentar un par de acordes en el fino instrumento de mi maestro; pero al hacerlo, aquella guitarra de preciosas cuerdas color vino hizo lo mismo que hiciese la mía el primer día, negándose obstinada a hacerme la merced de sonar a melodía y no a ruido. Regresé, entonces, a la mía que me esperaba un poco más complaciente.

"La guitarra es como la mujer: no se entrega por completo hasta que no ha obtenido de ti lo que quiere". En aquellos momentos, durante mis prácticas caseras, nada resultaba para mí más cierto que aquellas palabras. Era como una amante necia, posesiva. Le dedicaba tiempo cada día, en prácticas pacientes y largas, pero aún así me pagaba mal y se negaba a entregarme lo poco que le pedía. Ya no eran mis dedos: era ella que, caprichosa, se hacía rogar. Perdía yo la paciencia y la dejaba a un lado. La miraba de lejos con ojos confusos y resentidos. La tomaba nuevamente y con paciencia le insistía, pero volvía a negarse cada vez. Solamente después de varios intentos míos y rechazos de ella, cuando decidía dejar aquello por la paz, de una vez por todas, volvía ella a endulzarme los ánimos con notas que brotaban casi sin esfuerzo. Trucos de amante. En verdad, hay que amarla para volver cada vez, con paciencia, a ella y a sus caprichos. Así lo había hecho mi profesor toda la vida. La guitarra había sido su compañera desde los tiempos en que era un muchacho y estudiaba en Argentina, y hoy, tras medio siglo, lo seguía siendo. Era como su amante. Y

personalmente, creo que esa es la única forma en que se puede llegar a ser un buen guitarrista, o un buen artista, en cualquier género de arte.

Pude darme cuenta de cuánto él amaba la guitarra un día que tocábamos juntos una lección. Recuerdo que, después de unos minutos, mis dedos comenzaron a tropezar y a enredarse entre las cuerdas. Mi guitarra, sinceramente, empezaba a afear el ritmo de guajira que mi profesor interpretaba nítidamente. Así que me detuve. Entonces él me miró: sus ojos parecían pedir licencia para seguir adelante. Sonreí, y continuó. Así pude disfrutar de más de un cuarto de hora de la mejor guajira cubana, punteada y acompañada por él mismo. Y a él le encantó hacerlo. Tocaba, y llevaba a su guitarra, su caprichosa enamorada, de tonos altos a tonos bajos, y de acordes de si a acordes de sol, de re, de la, de mi y de do y de fa, y así en infinitos tonos, semitonos, menores, sostenidos, bemoles y séptimas, paseándose a lo largo de todos los trastes, hasta abrumarme de pura admiración.

Mi escaso talento apenas si me permitía lograr que algunos acordes sencillos sonasen bien. Pero recuerdo que aún así, en una noche silenciosa, logré entretenerme por un buen rato tocando, acostado boca arriba en mi cama. Esto me permitió entender mejor lo que mi profesor sentía por su arte.

o - O - o

Por fin llegó la noche de la serenata. Después de muchas prácticas, logramos afinar mi guitarra y mi voz de tal forma que fuesen lo suficientemente buenas como para acompañar a las del maestro en su despliegue musical de aquella noche. Preparamos tres canciones y ensayamos además, pero con menor meticulosidad, una cuarta, por si acaso. Era de día aún cuando yo empecé a sentir mariposas en el estómago. Más de cuatro veces llamé al maestro para recordarle que aquella noche era la serenata, y otros tantos me senté con mi guitarra a ensayar nuevamente todas las canciones. Pero aún así, me sentía muy nervioso. Quería que todo saliese impecable, para causarle una buena impresión a mi bella Julieta. Esperé frente al reloj, royendo los minutos con expectación y con miedo a la vez, mirando la manecilla avanzar lentamente hasta marcar aquel bendito momento: las once menos cuarto.

Entonces tomé mi guitarra de cuerdas doradas y me fui como rayo a la casa de mi profesor. Llegué minutos más tarde y le encontré en la sala de su casa,

sentado en la mecedora junto a su guitarra de cuerdas color vino, y con la boina de español viejo en la cabeza. Estaba sereno, tan sereno que el simple hecho de verlo aplacó mi ansiedad. *"Llegas justo a tiempo",* me dijo. Creo que debió haber notado mi nerviosismo, pues me habló con palabras tranquilizadoras.

– *Siéntate aquí un rato* - agregó - *tenemos tiempo para conversar.*

Me senté a su lado y le miré en silencio. Afuera la noche transcurría lenta y callada. Me tranquilicé poco a poco, tal vez contagiado por la impasible calma de aquel hombre. Me indicó que dejara todo en sus manos y él me diría qué hacer.

Eran cerca de las once y media cuando salimos caminando de su casa, a la usanza de sus tiempos. Las pocas personas que a esa hora estaban en la calle nos vieron pasar con las guitarras al hombro, pero tuve la impresión de que desconocían nuestro propósito. Entonces pensé que en otros tiempos, cualquiera que nos hubiese observado, con sólo vernos habría tenido la certeza de que íbamos a dar una serenata. Y concluí, mientras caminaba al lado del maestro, que los tiempos no cambian. Es la gente la que cambia.

Después de varios minutos, divisamos la casa. Yo me adelanté para explorar. Las luces estaban apagadas, los vecinos dormidos y parecía, en un primer examen, que no había perros. Regresé donde estaba el Profesor, y le informé que las condiciones eran óptimas.

Avanzamos lentamente, hasta colocarnos bajo la ventana. Nos miramos en silencio, y él me susurró al oído algo que al principio no entendí, pero que luego me heló la sangre.

– *Dedícale la serenata. ¡Sin miedo!*

Durante los primeros minutos mi mente no respondió. Entonces él tosió en voz alta, para despertar a la muchacha y comprometerme a hablar de una vez por todas.

– *Yo... yo... yo te dedico...* - balbuceé en voz baja, pálido y temblando de miedo. Miré a mi maestro y él agitó las manos, indicándome que siguiera. Así que cerré los ojos y me dejé llevar: - *Yo te dedico a ti, bella*

criatura, esta serenata. A ti, dulce niña que no sabes quién soy; a ti divino ángel que me embrujas con tu mirada; a ti, cálido sol de mi cielo; a ti, desvelo de mis noches y sueño de mis días; a ti...

El Profesor me dio una palmada en el hombro para aplacar mi inspiración, pues ya conocía la duración de mis arrebatos poéticos. Así, me limité a concluir: *"...a ti, bella mujer, de quien te adora de lejos"*. Y enseguida el Profesor inició los acordes de la primera melodía. Yo preparé mi guitarra y comencé a tocar, siguiendo el ritmo que él llevaba, mientras mi vista se fijaba en los cristales de la ventana oscura. De alguna forma, el tocar me ayudó a relajarme. Pero aquella breve sensación de seguridad y de confianza se disipó al terminar la primera pieza.

Escuché entonces algunos ruidos dentro de su habitación. Se habría despertado y de seguro estaría, según yo la imaginaba, sentada en el borde de la cama, pensando en la identidad de aquél que había osado despertarla. Esta idea le dio cierto toque de magia al momento, y entonces comencé en realidad a disfrutar de mi hazaña.

En esta época, en que la caballerosidad es un objeto de museo, la idea de una serenata a media noche a una muchacha desconocida, puede provocar dos reacciones: o la risa y la burla de los vecinos, o la pasión de la agraciada. Y nadie estaba riendo; muy al contrario, ella escuchaba nuestra música en silencio, y yo me sentí plenamente feliz.

Comenzamos a tocar la segunda canción. Mis dedos se movían libres entre los trastes, y las cuerdas obedecían a satisfacción, sin duda gracias a las interminables prácticas de las noches anteriores. En pocos momentos, ella se asomó a la ventana. Mi corazón se aceleró: no lograba ver su rostro por estar la luz apagada, pero sabía que nos observaba.

Entonces, casi al final de la canción, se abrió la puerta de la entrada de la casa y salió un hombre alto, cubierto con una bata. Caminó hacia donde estábamos y sacó una linterna de su bolsillo. El Profesor y yo terminamos aquella canción con la luz de la linterna alumbrándonos las caras de niños sorprendidos en pecado.

– *Sabía que eras tú, Bolívar.* - dijo el hombre, hablándole a mi profesor. *- Esas canciones viejas solamente tú las recuerdas. ¡Pasa adelante, por favor! Y trae a tu discípulo, pues obviamente no andas solo...*

El alma me volvió al cuerpo al oír esas palabras. Entramos a la casa, de la que era dueño aquel hombre, abuelo de mi enamorada y, como más tarde me enteré, gran amigo y compañero de juventud de mi profesor. Me presentó con mucha pompa a su nieta, preciosa como siempre y un poco avergonzada, y luego buscó en su cuarto una guitarra un poco vieja, que fue dejada a un lado y reemplazada con la mía, la de las cuerdas doradas, en la inusitada reunión de aquella noche. Más tarde se unirían al grupo algunos amigos de mi Profesor, de su misma generación, que fueron despertados a media noche e invitados a aquella fiesta repentina. Sacaron algunas botellas de vino y entre canciones de más de medio siglo, risas y recuerdos, se les fue a ellos la noche. Y a nosotros, a mi princesa y a mí, se nos fue en verlos tan contentos, y en mirarnos a los ojos, que en esto hallamos mucha complacencia y suficiente que hacer por ese día.

1995

Camino hacia el corral

A Roberto Pérez Saavedra, padre y amigo

- ¡Francisco!

Al oír la voz de su padre salió de la casa.

- Ya está la yegua ensillada. - le dijo el padre, mostrándole el animal amarrado a la sombra de un árbol cercano.

Él la vio, sintió un escalofrío de ansiedad envolverle el cuerpo y regresó sobre sus pasos, mirando el suelo y respirando agitadamente. *"Se nos acobardó el hombre",* pensó el padre. Pero se equivocó. Esta vez el deseo de montar de su hijo superaba el terror hacia los caballos. Pocas veces había cabalgado, y cada experiencia era más desastrosa que la anterior. Años habían pasado desde la última vez que lo intentó, pero ahora no flaquearía, aunque sentía tanto miedo como antes. Caminó directo hacia el baño, cerró la puerta y se quedó parado debajo del chorro de agua fría por varios minutos. Entró a su cuarto, se puso ropa seca y salió al lugar donde la montura y su padre lo esperaban. Su padre, un doctor de prestigio y uno de los hombres más esclarecidos del pueblo, se había forjado desde la pobreza una posición solvente con su trabajo, y había procurado que sus hijos no se privaran de rozarse con la vida del campo.

La yegua que le esperaba resoplando era un hermoso animal, hija de algún caballo de carreras retirado del hipódromo, alta y briosa, demasiado alta y briosa para un muchacho inexperto. Montó mientras su padre le sostenía la rienda. Dio algunas vueltas al patio a paso lento, firmemente agarrado de la silla y frenando al animal a cada instante. Cuando se sintió en confianza, se aventuró a arrancarle un trotecillo que le estremeció todos los huesos y las tripas, y que pronto discontinuó. Entonces su padre montó en otra bestia, y se

fueron a recorrer juntos los caminos polvorientos de las fincas, entre potreros y árboles de ciruela corralera.

Después de andar de un lado a otro toda la tarde, decidieron llevar de regreso los caballos al corral. El padre, consciente de lo que ocurriría, corrió su animal a todo galope de regreso por el camino, y la yegua con el muchacho encima corrió tras la nube de polvo que levantaban.

- *¡En ésta, o se aploma o se jode!* - había dicho el padre.

Los caballos cruzaron el camino veloces como el viento, partiendo las piedras con los cascos enfurecidos, volando entre las ramas de los ciruelos. Los gritos del muchacho iban quedando atrás, enredados entre el polvo. Sintió que el cuerpo se le desarmaba, que se le partía en pedazos. Aferrado a la rienda rebelde, se desvivía en intentos por frenar la loca carrera del animal, antes de caer por completo de la silla o que se le desbaratase el cuerpo con los brincos del animal. Pero la yegua obedecía su propia ley, y corrió desbocada hasta que el muchacho le templó la rienda con decisión, obligándola a detenerse en el momento en que se encaramaba por un barranco rumbo a una cerca de púas, dispuesta a saltarla.

Su padre, deteniéndose también, se acercó a él. Le miró el rostro pálido y sudado, y las manos enrojecidas por el esfuerzo, y lo vio intentar una sonrisa mientras aplacaba con la rienda las ansias del animal todavía inquieto. Y se sintió orgulloso de él.

- *¡Aquí hay hombre pa'rato, carajo!* - gritó riendo el padre.

Y cabalgando lentamente, moviéndose apenas, con el corazón feliz y con toda la calma del mundo, siguió el camino hacia el corral.

1995

El amor del último retoño

a Giovanna Paola Donado Stefani

I

Desde varios días antes de la tragedia, la gente se abarrotaba a lo largo de la baranda del puente para ver los elefantes del circo, que había llegado al pueblo hacía poco, sumergirse hasta dos brazas de profundidad, aspirar agua con sus trompas largas (imposibles de asimilar para aquella gente) y luego dejarla salir a fuertes chorros como una regadera sobre sus cuerpos polvorientos y arrugados. Esa tarde, la tarde que se escapó un elefante por los montes, la cantidad de gente que había venido a verlos bañarse en el río era inmensa, tanta que ni siquiera para tiempos de carnaval, en las tunas de Calle Arriba, se había visto en ese pueblo tanta gente reunida alrededor de un solo lugar; tanta que ya no pudieron pasar los carros por el puente, pues el tumulto ocupaba toda la vía y las personas que necesitaban pasar de un lado a otro no tenían otra opción más que cruzar el río a nado; tanta que los mismos africanos del circo, que robaron aquellas bestias de las sabanas plácidas en el lejano continente para enseñarles a hacer boberías bajo una carpa de circo, y que los trajeron caminando por el borde de la carretera desde el lugar donde estaba el circo hasta el río para que se bañaran, se espantaron al ver la muchedumbre que se asomaba desde el puente cuando se empezó a doblar bajo el peso de tantos mirones.

Los africanos azuzaron a la horda mansa para que saliera del río, para así regresar al circo antes de que llegara más gente a mirar, pero no lo lograron a tiempo, pues el puente de cemento y vigas de acero cedió ante la carga insoportable de tantos espectadores arrimados, y se desplomó sobre el río,

causando la catástrofe más grande que recuerde el pueblo de La Villa de Los Santos en toda su historia. Dos elefantes murieron aplastados bajo el concreto (sin llegar a ver el día en que se pudiera cumplir su callado sueño de regresar al África para ser libres otra vez), otros tres huyeron despavoridos por los caminos del pueblo, metiéndose en las casas y trastornando completamente la paz de los ancianos, y otro más corrió asustado hacia los pajonales altos de la ribera, perdiéndose en el monte. De los catorce hombres, veintitrés mujeres y ciento ochenta y siete niños que murieron entre ahogados y despachurrados, apenas si se recuperó la mitad de los cadáveres, pues la corriente los arrastró en tal cantidad y de tal forma que aun varias semanas después era común para los pescadores de los alrededores encontrar los cadáveres de parientes y conocidos enredados en los trasmallos que tendían durante la noche.

Al día siguiente, el circo, con sus cebras, camellos, payasos, leones, tigres, enanos y malabaristas, y con la mitad de sus elefantes (pues no tuvieron tiempo los africanos de buscar al que se perdió en el monte), recogió sus carpas, enrolló sus guirnaldas de colores y abandonó el revuelto pueblo de La Villa de Los Santos, para siempre. Nunca más se atreverían a regresar con su función y sus elefantes, así como tampoco se atrevieron a acampar en los pueblos vecinos. Se fueron con prisa, quién sabe adónde, dejando en el sitio donde se habían establecido una gran pila de basura y un persistente olor a caca de elefante que por varios meses se encargó de recordarles a los santeños la gran desgracia sucedida.

Era una desgracia, no solamente porque murieron muchos hombres, mujeres y niños (que, al igual que todos los hombres, mujeres y niños que de esta manera mueren, resultaron ser los más buenos y virtuosos que en aquel pueblo hubiesen vivido), y no solamente porque se dio en el pueblo una terrible hambruna por lo difícil que resultaba hacer flotar los camiones cargados de comida sobre las canoas frágiles para cruzarlos al otro lado del río, sino también porque por muchos días no fue posible beber de sus aguas ni bañarse siquiera en ellas por la abundante sangre de mirones y elefantes que quedó estancada en su lento cauce. Esto sin mencionar que los hombres temerosos se negaban a trabajar en el campo debido a los rumores de que «por allí anda el elefante que se perdió el otro día» y «te lo juro que ayer lo vi encaramao en las palmas

de la finca de Lito Pérez, tumbando pipas con la trompa». Todo lo divertido que parecía ser el asunto con eso de ver a las viejas en camisón y con rollos en la cabeza corriendo como gallinas espantadas, huyéndoles a los elefantes que se metían en las casas rompiendo las puertas y llenando los cuartos de aquel apestoso olor, dejó de ser tan divertido cuando la gente del pueblo contó a sus muertos y pasó varios días sin comer y sin tomar agua, y entonces decidieron que era un precio muy alto el estar incompletos, sin puente y pasando hambre, por querer ver desde arriba a unos mugrosos elefantes de mierda que solo les habían traído sustos, muertos y una peste del mismo infierno.

Los alborotos por la desgracia fueron tan grandes que hasta los oídos del alcalde llegaron los relatos del puente caído, de los muertos y del elefante deambulante; y tal era la preocupación del pueblo por la posibilidad de que esta tragedia se repitiese algún día, que por primera vez en los muchos años que llevaba el mandatario metido en una oficina con aire acondicionado, dejando las cosas para otro día, temió que si no tomaba inmediatamente una posición firme al respecto, sería derrocado por negligencia. Así que se apresuró a dictarle a su secretaria, que en todos los años anteriores no había hecho otra cosa fuera de pintarse las uñas con el teléfono entre el cuello y el hombro, una resolución oficial en la que expresaba un gran dolor de parte del Estado por la terrible pérdida de los dos magníficos elefantes africanos que sacrificaron sus vidas intentando amortiguar la caída de los cientos de mirones que los contemplaban desde el puente que se desplomó. Pero viendo que esta resolución no logró aplacar las ansias del pueblo, dictó un Solemne Decreto Alcaldicio que se puso de inmediato en vigencia y que se promulgó a los cuatro vientos, prohibiendo en él, de forma definitiva e irrevocable, sobre todo el territorio que comprendía La Heroica Villa de Los Santos, la llegada y establecimiento de circos y otros espectáculos ambulantes que portaran consigo elefantes u otros animales propensos a ser bañados bajo los puentes.

Mientras tanto, el elefante que se había escapado entre la hierba aquella tarde había llegado lejos del lugar en donde el puente se desplomó. Recorrió con su paso lento y su corpulento balanceo, los potreros y los caseríos de la gente pobre que vivía cerca del río, arrastrando a su paso las cercas de alambre y tumbando los ranchos de pencas cada vez que con su inocencia y candidez

pretendía entrar donde estaban las personas para sentirse protegido y amparado por una familia, para no seguir a merced de los peligros de aquel mundo de locos en donde los puentes se caían sobre los elefantes inocentes que nunca volverían al África para ser libres otra vez.

Vagó durante varias semanas, comiendo hierbas durante el día, y echándose de medio lado durante la noche —para contemplar en silencio el lejano titilar de las estrellas— hasta que llegó a un sitio, cerca de una gran casa blanca y roja, donde una vieja estaba sentada frente a unos baldes con ropa mojada, y con la mirada perdida en un punto vacío del espacio. Era Geña, la lavandera de toda la vida de la casa de los Pérez Franco, una mujer pequeña y delgada, de cara arrugada y de una expresión de angustiosa ausencia que le daba la apariencia de estar desconectada por completo de todo lo que la rodeaba. Desde joven había trabajado en aquella casa, lavando ropa cada martes, desde el amanecer hasta el anochecer sin más descanso que el del almuerzo al mediodía para tomarse una sopa caliente de hueso de vaca con un pedacito amarillo de melón en medio, y otro breve receso cuando sonaban las campanas de la iglesia al atardecer, para fumarse un cigarrillo pensando en su soledad. De allí, el resto del día se le iba en restregar ropa. En sus años mozos había merecido el privilegio de quitarle el sudor de español a caballo al pantalón, y las manchas de pólvora y sangre a la blanca e insigne camisa del teniente Manuel José de Pérez y Delgado, después de la famosísima y gloriosa batalla de Rabelo, donde los santeños se enfrentaron como leones a los secuaces del pirata Drake, el más temido de los golfos de Parita y Montijo, que intentaban robar los tesoros que por allí pasaban rumbo a la Gran España procedentes de los virreinatos del Perú. Desde esos gloriosos días hasta la fecha no habían pasado por sus manos prendas tan insignes como aquellas, pero se sentía a gusto con uno que otro traje de novia cada algunos años y un par de uniformes de niño explorador que le recordasen con sus insignias de colores al uniforme del teniente Manuel José de Pérez y Delgado, rebosante de condecoraciones y medallas de guerra. En su corazón de jovencita ardió una callada pasión hacia el espléndido hombre, ascendiente lejano de los Pérez Franco y, por aquellos años, el único gran señor de la hermosa casa blanca y roja, pero a pesar de haber estado en varias ocasiones muy cerca de él, se había cuidado muy bien de no

mirarlo nunca a los ojos, pues tenía la certeza de que su amado teniente era un hombre tan sagaz que descubriría en aquella sola mirada su ardiente y callado amor. Años después, el teniente Manuel José de Pérez y Delgado murió en cama, tras cinco días y cinco noches de agonía, víctima de un feroz ataque de dentera, mal que había contraído en la última de sus gloriosas batallas, contra una tribu de salvajes que bajaron de sus dominios montañosos para asolearse insolentemente en las calles del pueblo sin su consentimiento. La jovencita Eugenia, que ya dejaba de ser jovencita, se vio forzada a renunciar a su sueño de amor, y se casó con un hombre bueno, que, a pesar de no ser teniente, supo hacerla muy feliz, pero con tan mala suerte que murió al poco tiempo, dejándola viuda y con dos hijos. Geña había trabajado de lavandera en la casa blanca y roja, pasando de generación en generación, desde cuando era apenas una chiquilla al servicio del primer Pérez que habitó por estas tierras, llegado directamente desde España en una carabela bajo las órdenes de un tal Bastidas[2], pasando por el teniente Manuel José de Pérez y Delgado y por otras veinticuatro generaciones, hasta llegar a los Pérez Franco. A estas alturas sus hijos le habían dado nietos, sus nietos bisnietos, y así sucesivamente, en una cadena casi infinita de tantos y tantos años que los hijos, los nietos y los bisnietos habían muerto ya, y sus tataranietos, ahora muy ancianos, no tenían la menor idea de que eran tataranietos suyos.

Los Pérez Franco habían recibido a la vieja como un bien heredado, al igual que la casa o los muebles que en ella había, y no tenían la menor idea acerca de su edad o de cuánto tiempo tenía yendo a lavar ropa los martes desde el amanecer hasta el anochecer. Desde que tuvieron uso de razón, vieron a la vieja llegar religiosamente todos los martes al amanecer, sentarse con sus baldes a la sombra en la terraza y lavar sin interrupciones hasta el anochecer, deteniéndose únicamente para almorzar su plato de sopa de hueso de vaca con el pedacito de melón amarillo en el medio, y para fumarse su cigarrillo oyendo las campanas lejanas y pensando en su soledad, en una rutina espantosamente

[2] Rodrigo de Bastidas, navegante español, primer europeo en llegar a las costas de lo que hoy es el istmo de Panamá (1501).

repetitiva que no se interrumpió sino hasta un día en que un terrible accidente cambió las cosas por completo.

Al momento en que se escapó el elefante, habrían pasado unos tres años desde aquel martes terrible. El día había amanecido envuelto en densos nubarrones grises. Llovía con gran fuerza, y los truenos lejanos traían el eco de las montañas.

—No me gusta lavar cuando llueve —dijo la vieja Geña ante el diluvial aguacero, dejando a un lado el jabón.

Se levantó y se alejó de los baldes llenos con la ropa sucia de toda la semana, interrumpiendo por primera vez en toda su existencia su labor por una razón que no fuera la sopa de hueso de vaca con el melón amarillo en el medio, o el cigarrillo al son de las campanas. Se fue caminando, pasando por la cocina, hasta llegar a un amplio ventanal por donde entraba una gran claridad, con una vista magnífica de un enorme árbol de guayacán y del campo forrado en hierba, ensopado por el aguacero. La vieja se quedó mirando aquel árbol grandísimo, recordando cuando apenas era un brotecito verde e insignificante en la tibieza de la tarde. En ese momento, un rayo descargó su furia sobre el árbol, destrozándolo en una explosión de astillas encendidas. La pobre Geña sufrió quemaduras irreparables en ambos ojos debido al resplandor del rayo, y sus oídos se resintieron terriblemente por el estruendo que se produjo cuando la ola violenta rompió el ventanal y una corriente de astillas y fuego entró en estampida a la casa. La anciana se quedó parada como una sombra muerta frente al hueco del ventanal roto, sin moverse por varios minutos. Los que llegaron después a ver lo sucedido la encontraron tiesa como una momia, cubierta de carbón, con el pelo y las pestañas chamuscadas y los ojos abiertos de par en par. Ni siquiera se percató de que la observaban. Estaba ciega y casi completamente sorda. Ese día no terminó de lavar, ni se tomó su plato de sopa de hueso, ni se fumó su cigarrillo, ni pensó en su soledad. En adelante fue una isla incomunicada del resto del mundo. Solo entonces los que vivían en la casa blanca y roja (antes perteneciente al teniente Manuel José de Pérez y Delgado) comprendieron lo increíblemente necesaria que para ellos era la señora Geña antes de que la perjudicara el rayo. Fue necesario comprar tres lavadoras eléctricas para ponerlas a lavar los martes durante todo el día, para

poder compensar la falta que hacía el trabajo de la vieja. En retribución por una vida entregada al servicio de la familia, a la ciega, sorda y chamuscada anciana, se le permitió vivir en la casa donde dos siglos antes viviera el hombre de sus sueños, en un amplio cuarto con lámparas de cristal color naranja traídas desde Italia. Al principio se pasaba los días entre la oscuridad de sus ojos muertos y el silencio de su sordera a medias, y solamente lograba escuchar los truenos muy fuertes que caían cerca de la casa en los días de tormenta. Era tal su ociosidad que cayó en el pecado mortal de preguntarse el porqué de la existencia, de enroscarse en el callejón sin salida de si Dios era real o si era invento del padre Conde para poder recoger limosna; y en estas y otras preguntas similares se le pasaba el tiempo. Pero después de varias semanas, la anciana comenzó a sentir un leve aburrimiento, y sintió la necesidad de lavar, de hacer lo único que sabía hacer bien, lo único que había hecho desde que nació, durante sus casi cinco siglos de vida. Lentamente, le fue entrando en la cabeza la idea de que no valía la pena seguir viviendo prisionera de aquel aislamiento cruel. Fue tal la depresión en que cayó que se le hundieron los ojos ciegos bajo las órbitas y se comenzó a secar poco a poco, hasta quedar en los puros huesos. Envejeció más en una semana que lo que había envejecido en trescientos años. Espantados ante la posibilidad de que la doña fuera a desaparecer de pura tristeza, sus hospederos tomaron una medida desesperada. Decidieron sentarla en la terraza la tarde de un martes, a la sombra, con unos baldes llenos de ropa mojada, como solía sentarse ella, para ver si mejoraba. Y fue santo remedio. La vieja Geña metió las manos en el agua y sonrió de tal manera que el rostro se le iluminó, como si acabara de regresar a la vida desde los profundos reinos de la muerte. Sacó del agua una prenda de ropa y el jabón en barra, y sin dejar de sonreír ni un instante, comenzó a lavar en silencio. Gracias a esto, dejó de envejecer, y desde entonces, la sentaron todos los martes en la terraza para que lavara y no se volviera a secar de tristeza. Lavaba todo el día, haciendo únicamente los dos sagrados descansos: el de la sopa de hueso, que nunca había sido servida sin su pedacito amarillo de melón en el medio, y el del cigarrillo cuando sonaban las campanas de la iglesia. Pudieron vender una lavadora eléctrica, y si no vendieron las tres no fue porque la vieja no lavara con todas las ganas de antes y con la habilidad que se adquiere tras cinco

siglos en aquel oficio, sino porque la pobre perdía mucho tiempo buscando a tientas el jabón en el fondo del balde cada vez que lo dejaba a un lado para restregar la ropa con las manos.

En una de esas lavadas a ciegas estaba la vieja cuando llegó el elefante, arrastrando una gran cola de pencas y alambre de púas que se le había enredado en el cuerpo. Con mucho disimulo, se fue acercando a la vieja paso a paso, arrancando con la trompa hierbas de aquí y de allá, para no llamar la atención. Se acercó con mucha lentitud, para no espantarla, pues estaba cansado de que toda la gente huyera de él. Al ver el elefante que la vieja ni parpadeaba, se alegró mucho de haber encontrado al fin una amiga de verdad, que lo aceptaba como era y que no salía corriendo cuando él llegaba. Como muestra de amistad, metió la trompa en el balde y le tiró un chorro de agua a la vieja, que se cayó del banquito y quedó empapada sobre el piso.

—¡Zambito'el carajo! —gritó la vieja—. ¡Vienes a joderme la vida a mí!

Se levantó alzando los brazos y lanzando insultos a ciegas. El elefantito, espantado, retrocedió y emitió con su trompa un sonido increíblemente estruendoso, similar al de la Banda Republicana, que estremeció toda la casa y aturdió la razón de la lavandera. Creyendo que era el mismo Satanás que venía desde los infiernos para hacerle pagar quinientos años de pecados, la vieja salió corriendo con las manos en el aire, y en su loca carrera fue a estrellarse de frente contra el tronco firme de una palma, con tanta fuerza que rebotó y cayó de espaldas, la frente marcada con cuatro grietas paralelas hundidas en la piel. Al anochecer, cuando la fueron a buscar para conducirla hasta la casa, la encontraron tendida en la hierba, con la boca llena de moscas, al pie de un elefante que le echaba agua del balde con la trompa en la frente rota.

Fue una misa breve, a la que asistieron apenas los cinco miembros de la familia Pérez Franco, a la sazón habitantes de la casa blanca y roja, y unas cuantas beatas de traje negro y rosario que por vivir frente al altar se encontraron por casualidad rezando por la paz eterna del alma de la señora Eugenia. El padre Conde improvisó un adornado sermón, en el que habló de los elefantes como parte imprescindible del Reino de Dios, afirmando que aquel pobre animal, descendiente directo del elefante y la elefanta que el Señor salvó del Diluvio a bordo del arca de Noé, no tenía la culpa de la muerte de aquella

pobre vieja. Y después de recoger la ronda de limosnas, impartió la bendición final, y los Pérez Franco regresaron a su casa, dejando la iglesia tan solitaria como antes de su llegada: el padre retirado en la sacristía, las velas ardiendo frente a los santos de yeso, y las viejas beatas bostezando de rodillas una oración trillada por la rutina. El templo, grande y rejuvenecido, reconstruido hacía poco por la escrupulosa mano de los mejores arquitectos del Viejo Mundo, lucía resplandeciente en medio del pueblo, y sobresalía como una enorme perla, de desproporcionado tamaño y hermosura, sobre los tejados mohosos y sucios.

El templo anterior, un edificio de paredes blanqueadas con leche y de enormes vigas de madera, construido cuando los primeros poblados se asentaban en el Istmo, fue arrasado por una creciente del río desbordado unas décadas atrás, una creciente tan grande que no quedó árbol ni casa alguna en pie, en todos los alrededores. La histórica construcción, patrimonio irremplazable de la humanidad y único vestigio palpable de las artes arquitectónicas de los colonizadores en estas tierras, pasó flotando en la corriente río abajo y se perdió en el amplio horizonte del mar. Algunos hombres en canoas lograron rescatar a las beatas, y salvar algunos santos de yeso —que según dice la gente fueron tallados a mano por san Agustín durante sus pláticas con Don Bosco en los ratos de ocio—, pero el templo se hundió poco a poco hasta desaparecer a varias millas de la costa, en las aguas azules de alta mar. No fue sino hasta cuando bajó el nivel de las aguas en el pueblo, que se hizo el gran descubrimiento. En el lugar donde había estado la iglesia emplazada, una gran losa había quedado al descubierto. Al levantarla se encontró bajo ella una recámara amplia y profunda, llena de arcones de madera, barriles y bolsas de cuero que, habiendo cedido ante la corrosión y la podredumbre de los años, se habían abierto esparciendo su carga preciosa de monedas y objetos de oro sobre el piso de la bodega subterránea. Encontraron también en ella un cuerpo medio momificado, vestido con sotana, con un crucifijo colgando de las vértebras cervicales y con dos pequeños cuernos limados casi al ras del cráneo; y al lado, un libro de grandes pliegos que recogía las confesiones de aquel sacerdote que tuvo que enfrentar, con la ayuda de Dios y de sus artimañas, el ataque pirata más feroz que se registrase en toda la historia de la costa sur, escrito

con su puño y letra. Narraba su triste niñez con especial atención: todos los días, relataba, lo atormentaba su madrina con eso de «este niño es el mesmo diablo», y al cabo de tanto decirlo ella y escucharlo él, comenzaron a salirle unos cuernitos pequeños, uno a cada lado de la cabeza. Hablaba de sus luchas interminables por ocultar sus cuernos de diablo infeliz, de cómo se los limaba con cuero de tiburón para mantenerlos al ras de la cabeza y trataba de cubrirlos con el cabello, y confesaba que su temor de convertirse por completo en diablo lo había llevado al sacerdocio como una última salvación. El libro contaba que la tarde en que el pirata Drake atacó el pueblo, aquella tarde gloriosa en que el teniente Manuel José de Pérez y Delgado defendió a capa y espada el esplendor y honra de la Gran España, se hallaban las calles repletas de caravanas cargando oro de paso hacia la ruta del otro océano, y que para salvar todos aquellos tesoros de ser saqueados, los españoles los resguardaron fuera del alcance de los piratas en una cámara subterránea que habían excavado bajo la iglesia previendo un ataque de esta naturaleza, atestándola de riquezas; y contaba además que el sacerdote había decidido permanecer oculto en el refugio subterráneo, orando por la victoria de los españoles y esperando a que la batalla terminase para que lo volviesen a sacar, y que al ver que no le rescataban, supo que los pocos valientes que conocían su paradero habían muerto en la revuelta. Resignado ante su aterrador destino, se dio a la tarea de narrar en aquel libro estos acontecimientos, y algunas confesiones, junto con la historia de su propia desgracia, y después de todo esto, a prepararse para su muerte en aquella tumba de oro y soledad.

Aquel libro contaba la historia de los primeros españoles recién llegados a las costas inexploradas de estas inhóspitas tierras de mosquitos, lluvias y salvajes; la historia de sus heroicas luchas contra la selva para construir un pueblo decente al estilo español; y la historia de la discusión para ponerle el nombre al pueblo construido entre los españoles que querían cada uno ponerle el nombre del santo de su predilección, y que duró por varios meses, hasta que una batalla vino a resolver lo que las palabras no pudieron, no porque acordasen el nombre, sino porque quedaron sin pueblo, incendiaron las casas y destrozaron en horas lo que habían construido en años. Por eso fue, según cuenta el libro que escribiera el sacerdote de los cachos limados, que cuando

reconstruyeron el pueblo acordaron hacer la ceremonia de fundación el día 1 de noviembre, Día de Todos los Santos, y llamarlo La Villa de Los Santos, para que no se diesen en el futuro disgustos o discusiones respecto a esto. La momia del sacerdote fue enviada con un lacito violeta en la cabeza, como regalo de buena voluntad de la República de Panamá al Reino de España; el libro fue enviado al Museo Precolombino de Portobelo; y el oro se usó para reconstruir el templo del pueblo, que había sido arrastrado por la corriente desbordada del río. No se escatimaron gastos. Arquitectos europeos expertos en estilos renacentistas, materiales de óptima calidad y dos décadas de trabajo ininterrumpido fueron requeridos para realizar la ingente obra. Se compraron las tierras aledañas a la base del templo viejo para que esta nueva versión lo superase ampliamente en tamaño y lujo, pero como ni con todos estos gastos ni con la ayuda del comité, que se robaba la mitad de los fondos, fue posible acabarse el dinero del tesoro de la bodega subterránea, tuvieron que hacerle varios pisos más a la iglesia y llenarlos con toda clase de objetos religiosos e imágenes de santos, traídos desde el Vaticano, viniendo a ser la más fastuosa y grande iglesia de todo el mundo.

En aquella iglesia fue bautizado el más reciente Retoño de los Pérez Franco, así como fue allí bautizada también la que vendría a ser el amor de su vida. La pequeña niña era tan tierna y bella que el sacerdote la bautizó dos veces por el puro placer de tenerla en sus manos, y al cumplir sus quince años seguía tan primorosa como entonces.

—Es como una rosa recién abierta —dijo un día al Retoño su amigo, el rubio que siempre andaba con su perro—: Tiene una boquita de cereza y unos ojos color de helecho que te van a enloquecer.

El del perro la había observado desde la ventana mientras se bañaba, y convenció a su amigo incrédulo para que le acompañara esa tarde a espiarla y entendiera el porqué de la turbación que lo envolvía. Cuando el Retoño la vio quedó sin aliento. «Es lo más bello que he visto en mi vida», suspiró. En los días siguientes hizo cuanto estuvo en sus manos para producir un encuentro lo más accidentalmente posible con ella.

Se vieron por primera vez un sábado de fiesta, de música y desfiles en las calles del pueblo. La muchacha, vestida con un camisón rosa, miraba una cara-

vana desde el balcón de su casa, y al pasar él en un viejo y ruidoso convertible verde, se miraron fijamente, entre la curiosidad y la atracción, y se arrojaron besos con las manos hasta perderse la caravana entre las calles. Se volvieron a ver la noche de la gran lluvia de estrellas, entre la multitud esparcida en la llanura. La gente admirada contemplaba el espectáculo, y recogía las estrellas que caían para llevárselas a sus casas y colgarlas en las salas y en los cuartos de baño. Cuando él la vio, la halló rodeada de estrellas por todos lados, iluminada y diáfana, con ese aspecto azucarado que le recordó inevitablemente al angelito de mármol que él visitaba en el cementerio las tardes grises de sus días de soledad para verla eternizada en el momento de alzar el vuelo con las alas extendidas, para tocar sus labios fríos, duros y blancos, y para sentir que había alguien para acompañarlo en esta vida, aunque fuese de mármol. Le tomó la mano, se la besó tiernamente, y se pasearon juntos toda la noche recogiendo estrellas y tirándolas de regreso al cielo. Él le habló de música clásica, de Beethoven, Mozart y Prokofiev, de Schubert, Brahms y Mendelssohn, de Strauss, Dvořák y Chopin; y ella le habló de ballet, de los *arabesques*, los *ports de bras*, los *battements frappés*, los *petits battements*, los *grands pliés*, los *demi-pliés* y las *révérences*, y se divirtieron un mundo enamorándose juntos.

La tercera vez que se vieron —la primera vez que pudieron verse a solas— fue cuando, aprovechando la multitud y el desorden general que provocó la caída del puente sobre los elefantes, se sumergieron en el río y se dejaron llevar corriente abajo hasta un lugar que el muchacho conocía de sus días de niño explorador. Era una pequeña cascada sobre una piedra negra, donde el agua que había caído durante miles de años había cavado una cueva que se prolongaba en un abismo de aguas muy limpias. En esa cueva entraron los dos y se escondieron por varios días para poder estar solos, días que resultaron ser los más fantásticos de sus vidas. Estuvieron el primer día abrazados en silencio bajo el chorro de agua hasta el anochecer. Al caer la noche, el muchacho se sumergió en el abismo y nadó hasta encontrar unas hierbas fluorescentes de un verde muy intenso, como el de la luz de las luciérnagas, para alumbrarse en la oscuridad de la cueva. Esa noche durmieron plácidamente, suspendidos entre dos aguas, y las corrientes frías de la cascada los pasearon toda la noche a lo largo y ancho de la cueva, y por el frote con las hierbas fluorescentes, sus

cuerpos dormidos tomaron un brillo verde, semejante al de las hierbas, como de luz de luciérnaga.

Viendo esto, la segunda noche recolectaron muchas algas brillantes y se las frotaron sobre los cuerpos desnudos y tibios, y la palpitante fluorescencia de las hierbas pareció intensificarse con el amor al impregnar sus pieles. Ella sonrió divertida al verse ambos brillantes y verdes como caramelos de menta bajo el sol del mediodía. Salieron de la cueva y corrieron por mucho rato bajo la luna, brillando como enormes estrellas fugaces sobre el negro firmamento del campo abierto.

Varios días más permanecieron en la cueva, ocultos bajo la espuma de la cascada, amándose en la callada pasión de un abrazo largo y fresco. No fue sino hasta el momento en que decidieron salir nuevamente de la oscura cueva —solamente para tomar aire y luego regresar a amarse en las profundidades— cuando descubrieron que sus cuerpos se habían ido cubriendo de una delgada película gelatinosa de limo verde, tal vez producto de la fricción con las hierbas brillantes. Notaron también que habían estado tanto tiempo abrazados sin verse a la cara, desnudos en el remanso fresco de las aguas, que sus rostros ya no les eran tan familiares como sus cuerpos, y al redescubrirse en aquel encuentro él la vio tan hermosa —como si fuera hecha toda de agua color esmeralda— que se enamoró nuevamente de ella. Pensaron que ya los extrañarían en sus casas, y recogieron sus ropas que desde hacía varios días vagaban en el remolino de aguas turbulentas de la cueva, se vistieron y se despidieron con un beso en los labios.

Entonces, cuando la vio alejarse, caminando con su voluptuoso bamboleo de sirena, sintió que su corazón palpitaba en todo su cuerpo y que su alma joven se le escapó para ir volando al ras del suelo tras ella, enredada entre su pelo mojado, abrazada a su cintura, y delirando por su amor.

II

Eran como las once de la mañana de aquel jueves cuando el día se destiñó y se puso pesado de pronto, los colores de las cosas se tornaron en tonos pasteles

y blancos, y el tiempo comenzó a correr más lento, y la gente desconcertada al presenciar al mundo paralizarse en aquel atolladero del infinito salió de sus casas para contemplar espantada cómo los pájaros volaban lentos por el aire como hojas cayendo suavemente en un otoño sin viento, para ver cómo el agua que salía de las fuentes caía al pozo con una parsimonia exasperante, y para ver cómo el sol, colgando estático en el cielo, bañaba con rayos tenues aquel paraíso de tonos pálidos y parálisis total. No se oyeron los gritos de los monos en las montañas, ni se movieron las nubes en el cielo, ni las hojas en los árboles, y esto no fue solo en el pequeño pueblo de La Villa, sino en todos los pueblos que existían sobre la tierra en aquellos tiempos. Por los latidos de sus corazones, los hombres y las mujeres que habían salido a la calle espantados por aquel fenómeno pasmante supieron que aún estaban vivos, pero las gallinas, perros, pájaros y todos los demás animales que los rodeaban parecían disecados, estáticos en la posición en que los halló el letargo universal. No fue sino hasta el momento en que se percataron de que aquel descalabro del tiempo solo excluía a los humanos cuando comprendió aquella gente que el mundo entero se había detenido porque Dios estaba pensando muy en serio sobre qué haría con aquella raza decadente de hijos suyos que ya lo tenían aburrido con sus malcriadeces de niños consentidos; tan en serio lo pensaba que no dejó al sol moverse de su lugar mientras lo hacía, para que no perturbara sus decisiones, para poder determinar en paz y sin presiones si esta vez destruiría por fin y para siempre todo vestigio humano de la faz de la tierra o si les daría por enésima vez una nueva oportunidad, aun sabiendo que al final lo defraudarían de cualquier modo. Percatándose los santeños de esto, se desató una contagiosa explosión de fervor piadoso en el pueblo, y surgieron diversas sectas religiosas provocadas por el miedo a un eventual día final. Fue durante estos días de incertidumbre entre la gente que el joven Retoño decidió integrarse a una misión de monjes de la milenaria Orden de San Longuiño que pasaban por el pueblo rumbo a las montañas, aun cuando esto significó para él el sacrificio más grande que se le puede imponer a un hombre: separarse de su amada compañera, de la mujer que compartía con él lo bueno y lo malo, y que lo ayudaba a realizar sus sueños. Se sintió profundamente movido a servir a Dios por encima de todo, y aquella fue la mejor manera que encontró para hacerlo. El muchacho

era ampliamente conocido en diferentes esferas por sus descubrimientos e invenciones, y su migración de los campos de la ciencia a las praderas del espíritu fue de gran significación simbólica e infundió una contraproducente sensación de urgencia en aquella humilde gente. No le detenía la certeza de que si partía nunca más haría grandes descubrimientos, pues estaba convencido —a sus diecisiete años— de que su época de oro había pasado ya, y que no se repetirían días como aquel en que echó por tierra todos los conocimientos de la ciencia astronómica, revolucionándola desde sus cimientos en tan solo unos minutos de ocio, acostado una noche boca arriba en su catre, mirando por la ventana. Esa noche su mente encontró la respuesta a una de las incógnitas más inescrutables de la ciencia: por qué brillan las estrellas, fabulosa conclusión que le llevó a la fama dentro del ámbito científico de la época y que coronó de prestigio su nombre. A través de la ventana vio una estrella que tímidamente titilaba en el cielo, y sobre un cristal de la ventana vio el reflejo de la luz de una vela, y su mente veloz se precipitó como una bestia desbocada a desbarrancarse en aquella conclusión indiscutible, tan evidente y simple que le sorprendió que la humanidad hubiese tenido que esperar tantos siglos hasta que él viniera a explicarles el sencillo fenómeno celeste: las estrellas no eran más que el reflejo de las luces de las casas terrestres en la bóveda lustrosa del cielo. Pero su mayor triunfo fue cuando ideó un método para captar la imagen de un ángel en el papel fotográfico, gracias a una combinación de espejos, lámparas y luces de destello de pólvora alineados en una forma especial, colocados a ambos lados del lugar donde se sospechaba encontrarlo. Lo intentó instalando aquel complejo aparato en el techo de la casa de un hombre moribundo, en espera de que falleciese y de que un ángel viniera desde el cielo a buscar el alma del difunto. Oyó desde el tejado que los lamentos y el llanto en el cuarto bajo sus pies se intensificaban, y encendió las lámparas. Cuando sintió una leve brisa que pasó a su lado rumbo al cuarto, supo que el ángel había entrado en busca del alma. Puso el dedo en el disparador y cuando percibió que aquel susurro en el aire se elevaba de regreso, disparó varias exposiciones en secuencia, iluminando la fúnebre noche con los centelleos de las luces y la pólvora. Obtuvo imágenes espeluznantemente nítidas que en poco tiempo recorrieron no solo el país entero sino el mundo. En ellas se podía apreciar

claramente la imagen de la bellísima mujer alada, de muy finas facciones, con el pelo suelto y un escaso y delgado velo blanco, cubriendo la desnudez de su cuerpo perfecto, y llevando entre sus brazos al difunto sonriente que saludaba la cámara con la mano.

Aquella técnica fotográfica se popularizó rápidamente como un último consuelo para los familiares de los que morían, y él, aprovechando su amistad con un enterrador, logró ofrecer el servicio de fotografía póstuma como parte del paquete funerario. Cuando algún enfermo con cierta solvencia económica perdía toda esperanza de vida, los familiares encargaban, junto con la carroza y los ramos de flores, como parte de los arreglos del funeral, una bonita foto del alma del difunto con las bellísimas ángeles que desde el cielo venían a buscar su alma. Aquel negocio le procuraba buenos ingresos y le alimentó por algún tiempo, pero tuvo que abandonarlo luego de que en una ocasión en que le fue encargada la fotografía fúnebre del alma de un general, en vez de una de las angelicales féminas que solían aparecer en los encargos anteriores, la imagen mostraba un espantoso diablillo que le arrebataba el alma al cuerpo para llevarla al reino de las sombras.

Ahora aquel pasado de glorias había sido dejado a un lado para acoger la vocación misionera. Antes de partir, el joven hizo su última visita nocturna a la ventana del cuarto de su amada, cuidando que la luz de la luna no delatase a los vecinos su presencia. Saltó la cerca, avanzó al ras del suelo hasta la ventana, y la llamó golpeando suavemente el cristal. Ella asomó su belleza a la luz de la luna y conversaron largo rato, pero pronto las palabras se quedaron cortas para expresar el inmenso amor que sentían y tuvieron que reemplazarlas con besos. Besándose los hallaron los primeros destellos del día, y antes de irse, al momento de despedirse de la otra mitad de su alma, el muchacho le prometió que volvería, que aquel retiro era solo temporal, solo hasta que su corazón se sintiera en paz con Dios y vuelvo pronto, espérame, amor mío, te amaré todo este tiempo, pensaré en ti a cada segundo, y cuando regrese seré solo tuyo. Le entregó una hermosa flor de un rojo encendido como tus labios, como mi corazón enamorado de ti, y se alejó corriendo antes de que alguien lo descubriera. Esa mañana la muchacha plantó la flor roja frente a su ventana

y la contempló por varios días que le parecieron insoportablemente vacíos y largos.

La misión siguió camino a las montañas lejanas, y el joven Retoño iba con ellos. Cantaron durante el camino unas canciones en latín de las cuales el muchacho no pudo entender nada, y caminando durante el día y acampando para dormir durante la noche, al cabo de un mes llegaron al lugar donde la mano del Señor los había enviado. Era una aldea de indios ahogada en medio de un mar de selvas infinitas, en las laderas impenetrables de las montañas del Bijao. Los monjes de la misión se presentaron ante el jefe de la tribu y le llevaron como regalo un crucifijo hecho del más fino chocolate inglés. Fascinado con el delicioso sabor de aquel exquisito y raro manjar, el cabecilla les recibió en sus tierras con los brazos abiertos. Los paseó por toda la aldea, les mostró la grandeza de sus dominios, y los presentó ante sus gobernados como amigos suyos, poniendo a su disposición no solo su persona sino también su gente y el tesoro más grande de aquella aldea: un pequeño elefante que los indios habían encontrado perdido en la selva de la montaña poco tiempo atrás. Los indios lo trataban con gran cuidado y cariño, y de vez en cuando utilizaban su inmensa fuerza para mover cargas o arrancar árboles de sus raíces, para el mejoramiento de la aldea. Los indios ayudaron a los monjes a construir chozas para establecerse, y a levantar una capilla en el centro de la aldea. De ahí en adelante, cada domingo, los misioneros repartían algunos chocolates entre los indios, y entre chocolate y chocolate les hablaban de los misterios del evangelio, de la nueva alianza y del amor entre los hombres. Luego les enseñaron a cantar en latín y a fablar con bastante corrección el castellano de Castilla, y lograron conocer y manejar un vocabulario básico en el dialecto de los indígenas. Así pudieron los de la Orden de San Longuiño comunicarse con aquellos hombres y mujeres de piel canela y ojos de felino, conocer su historia, tradiciones y creencias; y al comprobar que ellos poseían una teología propia, los monjes misioneros se limitaron a profesar su religión con ejemplos de trabajo y amor, sin tratar de cambiar los conceptos de aquella gente, que después de todo no tenían por qué ser más ciertos o menos ciertos que los católicos. Más tarde, el joven Retoño se enteró de que aquella tribu era la misma que siglos antes había bajado de las montañas y entrado al pueblo de

La Villa a asolearse en las calles para aliviar la gran epidemia de dentera que los azotaba y que había acabado con uno de cada dos indígenas. Su ascendiente quijotesco, el teniente De Pérez y Delgado, había hecho batalla a aquellos pacíficos seres, sin detenerse a conocer sus motivos, contrayendo él mismo el mal que le quitó la vida tras una larga agonía en cama.

—Debía estar loco para combatir a estos mansos hijos de Dios —se dijo a sí mismo el Retoño.

Luego de algún tiempo, al joven monje se le encargó el cuidado del pequeño elefantito, que había encontrado al fin en la gente de aquella aldea y en los monjes de la misión, amigos que no huían de él y que lo trataban con cariño. El muchacho lo alimentaba con hierbas, naranjas y raíces de yuca, y lo llevaba a diario a bañarse en el río; le cepillaba los colmillos, le limpiaba con un paño la trompa y lo peinaba con el camino al medio, y luego lo dejaba ir libre y acicalado a pasearse por la aldea. Cada día, al terminar de bañar al elefante, el monje dedicaba religiosamente unos minutos a escribirle una carta a su amado Ángel —como él llamaba a su novia— confirmándole que su corazón aún latía enamorado de ella y que dentro de poco tiempo habría cumplido la misión que creía se le había encargado sobre la tierra, y sería libre para disfrutar de ella y de su compañía. Cada día, luego de cerrar el sobre, cortaba en el patio la flor más grande y bonita que encontrase, y salía al portal donde un joven indio —ofrecido por su voluntad a servirle de mensajero, y diferente al de los días anteriores— esperaba la carta y la flor para llevarlas corriendo a través de la selva, mojando en cada riachuelo del camino el tallo de la flor para que esta llegase fresca, comiendo raíces y frutos silvestres, y durmiendo en la copa de los árboles, hasta llegar —tras varias semanas de crudo viaje a pie a través de aquel infierno verde— a la pequeña villa que habían fundado los españoles hacía cinco siglos, para entonces esperar hasta la noche a que el sueño modorrase a toda la población, y saltar la cerca y meterse como un ladrón en la casa de la chiquilla, entregarle la flor y la carta de amor del misionero, y salir disparado antes de que alguien lo descubriese. La muchacha esperaba despierta al mensajero cada noche, y leía con ansia las cartas, que le contaban de las nuevas cosas que hacía su enamorado en la misión de San Longuiño, de cuánto la amaba y de cuánto la extrañaba, y que le prometían un pronto

retorno y un reencuentro feliz. Entonces miraba desde la ventana hacia el horizonte lejano, pues sabía que en algún lugar en la distancia, su misionero suspiraba de amor por ella, tal vez acostado en su fresco catre de campaña, o mirando el cielo desde la puerta de su choza. Y deseaba en el alma estar con él para hablarle de sus sueños con el silencio de sus ojos verdes; y su corazón se conmovía de su propia soledad y lloraba largo rato sobre su almohada, hasta dormirse arañando el tiempo con sollozos cortitos. Al día siguiente, plantaba la flor frente a su ventana en una hilera de flores de diferentes días que se iban marchitando con el tiempo, una después de otra, pasando a ser parte de una sucesión de palitos deshojados que no significaban nada para el común de los mortales, pero que para ella simbolizaban todo el amor de aquel joven apasionado, un amor que iba más allá del hábito de monje, de las montañas selváticas, del tiempo y la distancia.

Varias noches pasaron en vela los dos, desde el anochecer hasta el amanecer, en largas conversaciones amorosas, ya no a través de la ventana de su cuarto sino cubriendo la enorme distancia que había entre la montaña y el pueblo lejano mediante un sistema de señales con luces en el que intervenían varios mensajeros indios en las cimas de los cerros más altos, repitiendo las señales intermitentes de las lámparas de los amantes y llevando de cerro en cerro «te amos» y «te extraños» dichos mil veces en el silencioso lenguaje de aquel amor nocturno, a lo largo de los cientos de millas que los separaban.

Una noche estaba el joven Retoño acostado de medio lado junto al elefante, contemplando en silencio el lejano titilar de las estrellas, cuando cayó en cuenta de que la obra del Creador era inmensa y perfecta, y deseó de corazón convertirse en parte íntima de esa creación, viviendo para siempre en aquella solitaria aldea en las montañas del Bijao con sus hermanos indios, los monjes y el elefante, entregado a hacer el bien para el beneficio de todos. Inspirado en este pensamiento, se dirigió a la choza del indio que ejercía de jefe de la aldea para comunicarle su decisión y solicitarle permiso para permanecer definitivamente en aquel lugar, sin tener la menor idea de que lo que estaba a punto de ver cambiaría para siempre su destino. Llegó a la choza, se asomó a la puerta y allí estaban, el gobernante y una hermosa india que de seguro era su mujer, abrazados en el suelo, juntos como dos pajaritos bajo la lluvia.

Retrocedió sobre sus pasos, y la pareja se puso de pie, con más sorpresa que vergüenza.

—No, hijos, no se preocupen, que yo no los interrumpiré —dijo el Retoño—: Ya me voy.

Y se alejó caminando lentamente, mirando al cielo y pensando en su bella novia, deseando estar con ella como nunca deseó cosa alguna y desesperado por estar tan lejos de su amor. Fue entonces cuando las ansias contenidas de todos aquellos días reventaron súbitamente, en angustias, deseos y un llantito apagado que desde tiempo atrás buscaba cómo salir de su corazón. La naturaleza le llamaba, no como suele llamar a un monje misionero, sino como se llama a un hombre enamorado. Y sintió la mano de Dios más presente en su delirio por aquella mujer que en las altas estrellas que adornaban la noche, y sintió que su lugar estaba al lado de aquellos labios tibios, suaves como pétalos de rosa, y no debajo de aquel hábito de monje. Al pensarlo, no le quedó más remedio que aceptar que su alma no era el alma de un sacrificado creyente, sino la de un amante apasionado que se cuela por las ventanas en las noches de luna para enlazarse a su amada y cantar a Dios, con la pasión de dos cuerpos y un solo gran amor. Se sentó en la cima de la montaña y divisó en el lejano horizonte, como estrellas salpicadas, las luces del pueblo lejano. Allá estaba su amado Ángel. Entonces sacó de su bolsillo una pequeña caja de caoba tallada, y de ella, una brillante esfera de luz: una preciosa estrella de destellos lilas y turquesas que había recogido junto a su amada aquella noche que llovieron sobre el campo y que lo había acompañado desde aquel momento mágico. Bañado por su deslumbrante luz, analizó mentalmente todos los aspectos de su nueva vida, y la encontró vacía y sin sentido lejos de ella. Esa misma noche partió de regreso. Se despidió de sus hermanos monjes y de sus hermanos indios, y montó en el lomo del elefante, que lo llevó a través de la selva más rápido que cualquier hombre o bestia conocida, llegando al pueblo a la mañana siguiente.

Esa mañana, la muchacha fue despertada por un delicioso aroma de flores frescas que inundaba la casa. Curiosa, se asomó a la ventana, y lo que vio le produjo un cosquilleo electrizante por todo el cuerpo, similar al que sentía en las noches de luna con los cálidos besos del misionero. Todas las flores

(desde la que había plantado la mañana del día anterior, hasta la primera flor que plantó la mañana que su enamorado partió con la misión, y que se había transformado con el tiempo en un palito sin hojas ni color junto con muchas otras flores de otros días de melancolía) lucían frescas y lozanas con sus hojas verdes y sus pétalos de un rojo ardiente, y desprendían un exquisito perfume de flor recién cortada.

—Regresó —se dijo, en un suspiro de alivio.

Entonces salió al portal en el momento justo para ver al monje que aparecía por el largo camino, avanzando rumbo a ella, salido de la selva montando sobre el elefante. El Retoño se apeó y dejó que su montura se fuese de regreso, y caminó hacia ella más calmado que la noche. Pasó junto a los portales, junto a la muerte, junto al manguito y junto a las flores perfumadas y radiantes, y siguió de largo hasta los brazos tibios de su amada. La joven exhaló un suspiro de paz, por ella y por él, cuando sintió la cabeza del Retoño acurrucada en su cuello, y escuchó sus palabras de amor y de sosiego. Siguieron abrazados hasta cuando se les acabaron las palabras y tuvieron que reemplazarlas por besos, y siguieron abrazados hasta cuando ya no era posible que siguieran abrazados, porque entonces ya no eran dos cuerpos cercanos, sino dos almas libres fundidas en una sola sobre el vasto horizonte del final de los tiempos.

1995

Una falta menor

Son necesarios siempre hombres nuevos en un gobierno nuevo.

— Villiaume

Traicionado, enfurecido, lleno de celos y de indignación, no pude creer lo que me decía. Me alejé de ella, dejándola sola en la sala, y me encerré en su cuarto. Cuando vi mi rostro en el espejo, sentí lástima por mí mismo y aparté la vista. Sin poder soportarlo más, me rasgué la camisa en dos partes y me arrojé al piso a llorar. Mi corazón estaba en pedazos. Mi mundo y mi vida, tal como los conocía, se habían acabado. Mis manos y mis pies -no sé por qué- comenzaron a adormecerse con un tipo de cosquilleo anestésico que lentamente aumentaba, creciendo hacia el centro, hacia mi torso. Salí del cuarto, buscando bajo la regadera una manera de refrescar mis ansias, y permanecí bajo el chorro de agua fría durante varios minutos, respirando penosamente. Cuando entendí que si me quedaba, todo iba a empeorar, le pedí a mi novia que llamara a una amiga suya que me estima mucho, para que me llevara a mi casa; y en un par de minutos ella llegó en su carro. Cuando entré al auto y me vio empapado y sin camisa, con el alma revuelta entre el llanto y la rabia, entendió que ya me había enterado de todo, y que había reaccionado de muy mala manera. Partimos, sin rumbo al principio, y luego tomamos rumbo a su casa. Creo que ella pretendía arreglarlo todo con un té y unos minutos de desahogo. Y debo confesar que comenzaba a calmarme, o al menos a respirar más tranquilamente, al tiempo que viajábamos lentamente en el auto, mientras yo miraba las calles a través del cristal de la ventana masticando mi desgracia. Pero cuando ya nos habíamos alejado del centro de la ciudad, ella sin querer, cometió la imprudencia de

tratar de justificar los hechos con palabras y de hacerme creer que nada había pasado.

- *¡Detente aquí!* -le ordené, mirándola con ojos de fuego.

Ella cayó en cuenta de su error y trató de disculparse, pero no pudo arreglar nada. Bajé del auto, hirviendo por dentro, y comencé a caminar en cualquier dirección, mientras ella intentaba convencerme de que volviera a subir. No la escuché. En realidad, no podía escuchar nada ni a nadie en ese momento. Caminaba como un bobo, como un borracho, sin saber dónde ir o a quién buscar. Lo único que necesitaba en esos instantes era ser escuchado por alguien que no tratase de consolarme, para dejar salir aquella ira inmensa que me carcomía por dentro y que envenenaba mi corazón. Irónicamente, el lugar en donde me había bajado del auto distaba sólo unas cuantas calles de la casa de él, de ese mal nacido que había estado por varias semanas viéndose con mi novia y enamorándola por teléfono, cortejándola a escondidas. Rondé por varios minutos la entrada de su casa. Incluso, en un momento en que la ira me cegó, me acerqué a la puerta y llamé. Su padre me abrió. Le pregunté por él y me contestó que no estaba en ese momento. Fue su mirada de desconcierto la que me hizo caer en cuenta de mi pésima apariencia. Hacía pocos días me había hecho un corte de cabello casi al ras del cráneo; y sin camisa y con el pantalón mojado, debí parecerle un loco escapado del hospital psiquiátrico.

Le agradecí y salí de la casa, y me quedé pensativo frente a la calle. No sabía qué hacer. Mi noviazgo estaba en pedazos, y me sentía muy herido y engañado. Y eso me trastornaba grandemente. No tenía ganas de pensar ni de hacer nada. Ni siquiera de irme a dormir. Recordé que mi automóvil estaba aún estacionado frente al apartamento de mi novia. Si quería volver a mi casa, debía ir a recogerlo, y no tenía dinero para un taxi. Así que comencé a caminar hacia allá, mirando al cielo y pidiendo a Dios un poco de calma y de tranquilidad para el resto de la noche.

o - O - o

Cuando lo vi pensé que estaba drogado, o al menos muy ebrio. Venía caminando por la acera, mirando al cielo como perdido, y no traía camisa. A medida que se acercaba, pude ver que su cara corroboraba mis pensamientos anteriores, y que traía el cabello y los pantalones empapados. Eran más de

las nueve. De hecho, con esa apariencia lo habrían detenido aunque fuesen las doce del día. Así que le llamé, le hice un par de preguntas de rutina, y cuando escuché sus respuestas disparatadas, no tuve más salida. Aunque no lo hubiese querido, por ética de mi oficio tenía que pedirle que me acompañara. No se resistió y en ningún momento se mostró reacio, sino que colaboró amablemente. Y caminaba con normalidad, como el hombre más sobrio del mundo. Yo esperaba otra cosa, así que dudé de mis conclusiones y de mi decisión de llevarlo al cuartel. Pero en fin, caminaba por una vía pública semidesnudo y eso es una falta.

o - O - o

No lo culpo. Mis respuestas, a pesar de ser la más pura verdad, parecían tan sospechosas como las de Pinocho. Me preguntó, por ejemplo, por qué no tenía camisa. Le respondí, sin rodeos, que andaba así porque me la había quitado en la casa de mi novia, acalorado en una discusión con ella.

Luego de reprenderme por la facha y la hora, me preguntó dónde vivía mi novia. Le respondí que ella vivía cerca de la Iglesia, y esto fue lo que debió parecerle un disparate. Cuando él me detuvo yo venía cruzando frente al cuartel de policía caminando hacia la Iglesia, y no como si viniese de ella, como era de esperarse. Él notó la incongruencia y me preguntó: *"¿De dónde vienes?"*. Traté de responderle, pero sinceramente no sabía el nombre de aquel lugar en donde me había bajado del automóvil. *"Vengo de por allá"*, le respondí.

Con tal enredo de preguntas y respuestas, no lo culpo por haber pensado que había algo sospechoso en todo aquello. Así que no me resistí a que me llevara al cuartel, pues a fin de cuentas, él no era más que el policía del portón que daba a la calle frente al edificio. Y como yo tenía certeza absoluta de que no había hecho nada malo, confié en que todo se arreglaría pronto y sin problemas.

Me llevó frente a un oficial. Por su expresión y su actitud, supe al instante que era el superior allí o al menos el de mayor rango en aquel turno nocturno. Me miró con indiferencia al principio, como si no me viese siquiera. Pero al mirarme por segunda vez, su rostro cambió: se iluminó con un matiz que me hizo sentirme como una presa cazada. Se acercó y me miró con más detenimiento, y al instante sonrió complacido. En ese momento yo también lo

reconocí. Lo recordé como si hubiese sido ayer la última vez que vi su odiado rostro: aquel hombre había sido uno de los perseguidores anti-civilistas, uno de los matones de alto rango militar que hostigaron a mi familia y a muchos otros sediciosos, llegando al extremo de allanar nuestra casa y encarcelarnos sin razón durante varios días, en una guerra de terror y de miedo, en los días de las luchas de la Cruzada Civilista contra el régimen del Dictador. Bajé el rostro, maldiciendo mi suerte. No lograba entender cómo aquella bestia todavía tenía un puesto -y mucho menos un puesto con poder- en un gobierno de supuesta renovación y democracia. En ese momento, todo aquello dejó de parecerme sencillo e irrelevante. Y sonreí de los dientes hacia afuera, temiendo en el fondo por mi suerte.

"Lo encontré caminando por la calle sin camisa, Señor", le dijo el guardia del portón al otro que yo había identificado como su superior. Me ofreció una silla junto a la amplia entrada, y se fue a cuidar su puesto en el portón. El edificio distaba unos cincuenta metros de la calle. Entre el portón de salida y el edificio, había un patio con árboles y arbustos, cercado por una alta estructura de metal. Soplaba un frío viento nocturno, que empezó a causarme escalofríos, pues estaba desnudo de la cintura hacia arriba y empapado de pies a cabeza. El policía de rango superior, que no se había movido ni un milímetro del lugar que ocupaba frente a mí, me miraba entonces con un poco más de disimulo. En ese momento, viéndolo con más calma, tuve la angustiante sensación de que aquel hombre estaba plenamente convencido de ser indiscutiblemente superior, no sólo a sus subalternos, sino a todos los demás seres vivientes. Sacó un cigarrillo de su bolsillo, lo encendió y se perdió tras unas puertas sin decir una palabra.

o - O - o

El Teniente entró a la oficina con un cigarrillo en la boca. Hacía mucho que no fumaba en el cuartel. Desde que lo decretaron prohibido, se vio forzado a fumar bajo los árboles del patio o a esperar hasta la hora de salida. Así que, apenas le vi con el cigarrillo en la boca entrando a la oficina, supe que pasaba algo, que sucedía algo que le tenía nervioso, o muy ansioso. El Teniente es un hombre frío. Tenía que ser algo grande, que le preocupó o emocionó hondamente, para hacerlo fumar en el cuartel a pesar de todo.

De un salto quedé en pie. *"Dígame, Señor",* me adelanté. Él me dijo: *"Ven, quiero que interrogues a un muchacho".* Ahora recuerdo su cara: sus ojos tenían el brillo de la muerte. Su voz no logró disimular la turbación que lo consumía. Salió y yo lo seguí. Entonces vi al muchacho, sentado en las sillas verdes de la entrada, sin camisa y con la cabeza baja apoyada en las manos, como mirando al suelo. Era joven, de dieciocho o más años, y tenía un corte de cabello que supongo debía estar de moda. Estaba empapado y tiritaba de frío. Pero cuando levantó la cabeza y me miró de frente, me estremecí. Miraba de frente, sin miedo. Me avergüenza confesarlo, pero me sentí vulnerable. Inmediatamente supe que aquel muchacho no había hecho nada malo. Pero el Teniente había sido muy claro.

Le pedí una identificación, y sin hacerme esperar me mostró su cédula, su licencia de conducir, su carné del Seguro Social y su carné de la universidad. Los revisé y, tal como yo esperaba, todo coincidía sin problemas. *"¿Cómo te llamas?",* le pregunté. Me contestó al instante - con el mismo aplomo que he referido - que se llamaba Luis Alberto Hernández Ruiz, que era hijo del Doctor Luis Alberto Hernández Saldaña y la Doctora Elena Ruiz de Hernández. Le pregunté entonces el motivo por el cual transitaba por la calle, medio desnudo, a esas horas de la noche. Su respuesta fue un poco complicada, pero yo le creí sin problemas. Me habló de un disgusto con su novia y de una serie de situaciones posteriores que, a pesar de sonar un poco precipitadas, encajaban perfectamente. El muchacho temblaba de frío, y se mostraba dócil y coherente. Era claro que no había drogas ni alcohol de por medio, y por tratarse de una falta menor, a mí me parecía innecesario dejarlo en el cuartel por más tiempo.

Habiendo, pues, cumplido la orden, me acerqué al Teniente - que estaba al lado mío, fumándose el segundo cigarrillo - y le inquirí, en voz baja y respetuosa: *"¿Algo más, Señor?".* Me contestó que no. Entonces miré al muchacho y le hablé en un tono diferente, menos tenso. Le expliqué que aquello era una falta menor, pero que no se debía repetir. Hubiese querido dejarle ir sin más retraso, pero por ley él debía abandonar la institución debidamente vestido. Así que le pedí el número de teléfono de alguien que pudiese traerle o mandarle de alguna forma una camisa, prometiéndole que cuando llegase la prenda, yo mismo le llevaría en una patrulla a la casa de su novia a buscar su

carro. Él me dio el número de teléfono de sus padres. Cuando le di la espalda, disponiéndome a llamar desde la oficina, el chico me llamó.

– *¿Me permite usted usar el baño?* - me preguntó, - *Quisiera orinar.*

Yo le hubiese dejado, sin ningún recelo, que fuese las veces que quisiera. Pero el Teniente intervino inmediatamente, negándose. En ese momento yo creí que era desconfianza de él hacia el muchacho. Por Dios que eso fue lo que creí. Nunca me hubiera imaginado que el Teniente iba a hacer algo como lo que hizo. *"Es mejor que vayas a aquellos árboles",* le dijo, señalando los árboles sembrados frente al edificio; y no le dio explicaciones sobre el porqué.

El chico se encogió de hombros y sin reclamar nada, se levantó y comenzó a caminar hacia ellos. Caminaba muy lentamente, cubriéndose con los brazos por el frío. El Teniente arrojó la colilla del cigarrillo y se llevó la mano a la cintura. Desabrochó la correa del estuche de su revólver, lo sacó, apuntó a la cabeza del muchacho, echó el martillo atrás y disparó. Yo, espantado, vi al muchacho caer sobre la hierba, y miré luego al Teniente. Tenía una sonrisa muy leve en el rostro, en su rostro de asesino, de loco. Y se giró para mirarme. Su mirada era amenazante. No tuve palabras.

– *¿No lo ves?* - me dijo - *Estaba drogado, me arrebató un arma y trataba de escapar.*

El pavor me heló la sangre. No me atreví a decir ni una palabra. Llegaron los otros oficiales que había en el cuartel, agitados y armados, preguntando por la causa de aquel disparo. El Teniente los largó diciendo que el peligro había pasado ya, y que todo estaba en orden nuevamente. Ellos obedecieron ciegamente, como siempre. El Teniente me miró con ojos aún más desafiantes, y yo bajé la mirada. *"Llama a los padres y diles que vengan",* me ordenó, *"y entonces vienes a ayudarme con el cuerpo".* Yo obedecí. Por última vez obedecí a aquel ser despreciable que me hizo odiar a los de mi linaje militar, a mí mismo y a nuestra cobardía. Al día siguiente vi sobre el pupitre del Teniente un reporte oficial acerca del incidente, donde se declaraba que el Teniente le había decomisado al muchacho un paquetito con droga - algo que en realidad

nunca sucedió - y que el chico, drogado, había forcejeado con el Teniente y le había arrebatado un arma, tratando luego de escapar. También ese día, sobre el mismo pupitre, dejé yo mi arma, mi placa y mi renuncia.

1995

Índice

Prefacio 1
Prólogo 2
Introducción 7
Crítica recibida 8
Sobre el autor 12
Agradecimientos 14
Preludio 15
La lluvia sobre el mar 18
Confesiones en el cautiverio 19
Carta en defensa de Balboa al Cardenal Cisneros 29
Arum Bakir Ehrab 44
Las cuerdas doradas 48
Camino hacia el corral 57
El amor del último retoño 59
Una falta menor 80